



## LA EVOLUCION DE LA HISTORIA



### LIBRO SEGUNDO

#### CAPÍTULO SESTO

##### El testimonio presencial

SUMARIO.—§ 40. Vicios del testimonio humano.—§ 41. Parcialidad de los cronistas.—§ 42. Ignorancia de los cronistas.—§ 43. La credulidad de los cronistas.—§ 44. Valor histórico de los relatos de sucesos sobrenaturales.—§ 45. Valor histórico de la crónica.

§ 40. *Vicios del testimonio humano.* En los cinco anteriores capítulos, hemos tratado de manifestar cómo la historia nace, se desarrolla, cambia de forma i sufre en el fondo modificaciones perfectamente regulares que constituyen una verdadera lei evolutiva.

Asi mismo, hemos demostrado en ellos que por una

u otra causa, la tradicion, la mitología, la leyenda i la crónica no pueden pretender que se las mantenga en la alta dignidad de historias definitivas del pasado. Los vicios que las malean son de tal manera graves que la historiografía contemporánea se ha visto precisada a rebajarlas a la subalterna categoría de simples i sospechosas fuentes de informaciones históricas.

Dilucidadas así las causas de las continuas modificaciones de la historia, es llegado el momento de estudiar las condiciones de su renovacion definitiva.

Con este propósito, advertiremos en primer lugar que de todos los conocimientos humanos, los únicos que han llegado a la última etapa de su desarrollo son aquellos que por haberse fundado en hechos plenamente positivos, tienen carácter perfectamente científico. Consecuencia: la renovacion definitiva de los conocimientos históricos será aquella que convierta la historia en ciencia positiva. Hé ahí una magna empresa.

Lo que mas ha entorpecido hasta el presente esta última transformacion han sido las dificultades que la particular naturaleza de los hechos históricos opone a la investigacion i al estudio.

Miéntras las otras ramas del saber estudian hechos permanentes, hechos que se efectúan como si dijéramos a la vista del investigador, los del orden histórico, que pertenecen cuasi totalmente al pasado, estan sustraídos de la observacion directa, por manera que la mayor parte de las veces son unas las personas que los ven efectuarse i los anotan, i otras diferentes las que los estudian i determinan sus causas i sus efectos. Es esta una

peculiaridad absolutamente privativa de la historia, como que no existe ni puede existir otra rama del saber que pretenda ser la ciencia del pasado.

Esta característica peculiaridad impone a los investigadores la obligacion de procurarse fuentes fidelignas de informacion, esto es, testimonios tales que garanticen juntamente la efectividad de los hechos i la exactitud de sus relatos.

Habiendo sido rebajadas la tradicion, la mitolojía, la leyenda i la crónica a la categoría de simples fuentes de informacion, fuentes que suministran datos para componer la historia, pero que no son la historia misma, debemos indagar ahora cuál es su valor histórico, o en otros términos, cuánto crédito debemos prestar a cada una de ellas. Con este propósito debemos alterar el rumbo de nuestras investigaciones; pues aun cuando en la parte precedente de esta obra hemos estudiado en primer lugar las narraciones tradicionales i en el cuarto las contemporáneas porque en ese orden han aparecido las formas transitorias de la ciencia histórica, ahora debemos invertirlo radicalmente i averiguar cuál es el valor histórico de la crónica, esto es, del testimonio presencial para ponernos en grado de averiguar en seguida cuál es el de las tradiciones. Por qué? porque toda tradicion histórica supone que el suceso por ella recordado se verificó en presencia de una o mas personas, por manera que lo que de jeneracion en jeneracion han venido contando los testigos de oidas trae su orijen de lo que en el primer momento refirieron los testigos de vista. En otros términos, todo testimonio tradicional ha sido orijnaria-

mente un testimonio presencial, i no se puede determinar con acierto el valor histórico de la tradicion si no se conoce de antemano el de la crónica.

Ahora bien, para estudiar cuál es el valor histórico de la crónica, hai que vencer previamente poderosas preocupaciones porque el vulgo no comprende cómo diez o veinte siglos despues de los sucesos se puede poner en duda la veracidad de los contemporáneos o impugnar la exactitud de sus relatos. En el comun sentir, es esta una aberracion de la historiografía. Discutir el valor histórico del testimonio contemporáneo es para muchos lo mismo que discutir ante la justicia la fuerza probatoria de la escritura pública. Cuando se leen las antiguas obras históricas, se nota en ellas la ciega confianza que los narradores contemporáneos inspiraban a los historiadores de los tiempos posteriores. Si esceptuamos los casos de contradiccion, los relatos de los contemporáneos parecieron siempre tan fidedignos, que hasta los fines de la Edad Moderna las crónicas se tuvieron por la fiel espresion de la verdad histórica (a).

Esta confianza en la veracidad del testimonio presencial es fruto de una predisposicion del espíritu que se forma i se desarrolla en la vida social, la predisposicion a prestar crédito a la palabra de nuestros semejantes siempre que no tenemos motivos especiales para negárselo. So pena de vivir mortificados por la desconfianza, contra las personas mas caras, por la sospecha de mistificacion i de engaño, por la indecision sobre lo que debe-

---

(a) LENGLET DU FRESNOY, *Supplément de la Méthode pour étudier l'Histoire*, deuxième discours, pág. 14.

mos hacer, a cada momento tenemos que prestar asenso a las aseveraciones del testimonio ajeno.

En fuerza de esta propension moral, creemos conocer con exactitud la verdad de un suceso siempre que lo hemos oido referir sin contradiccion de tercero a un testigo cualquiera, i en tales casos, prestamos al narrador completo crédito sin fijarnos en que invariablemente, cuando varias personas movidas por intereses opuestos dan testimonio de un hecho, lo relatan de maneras tan diversas que aun los jueces mas espertos suelen quedar sumerjidos en mortificantes perplejidades (b).

Lo mismo pasa a los historiadores, porque cuando disponen de mas numerosos medios de indagacion i comprobacion gastan mas escepticismo para estudiar los sucesos del pasado; i por el contrario, cuando no conocen mas fuente de informaciones históricas que el testimonio personal, aceptan sin indecision todos aquellos que el relato atestigua i que no se contradicen entre sí (c).

Entre tanto, hasta qué punto el testimonio humano, aun el testimonio actual i comprobable, puede engañarnos o equivocarse, nos lo manifiestan las sumas dificultades con que los tribunales tropiezan diariamente en la averiguacion de la verdad.

Sábese que en sustancia la funcion judicial consiste en la declaracion de que supuestos tales o cuales hechos, el derecho corresponde a Fulano o la culpa se debe imputar a Sutano. Por consiguiente, la averiguacion de los

---

(b) LANGLOIS ET SEIGNOBOS, *Introduction aux Études historiques*, liv. II, chap. I, pag. 49 et chap. III, pag. 67.

(c) BOURDEAU, *L'Histoire et les Historiens*, liv. III, chap. II, § 2, pag. 308.

hechos es base de toda sentencia, sin distincion de las causas civiles i criminales. Supuesta esta base, podria parecer tarea de poco momento averiguar si han ocurrido o nó los que se aducen como fundamento de la declaracion que se pide. Para descubrir la verdad, el juez cuenta con la ayuda de una de las partes en las causas civiles, i en las criminales, con las de un fiscal i de los agentes de policía; sigue procedimientos que han sido ideados para garantir la eficacia de las indagaciones i que estan sancionados por una práctica veinte veces secular; compulsa escrituras, recibe informes periciales, practica vistas de ojo, i oye testigos que elije escrupulosamente entre las personas mas limpias de tachas. Sin embargo, no hai hombre de mediana esperiencia judicial que no haya notado cuán a menudo se condena a personas inocentes, se absuelve a grandes culpables i se desechan demandas justísimas, principalmente porque los hechos probados en el espediente discuerdan en puntos mas o ménos graves de los ocurridos en la realidad (d).

Con dificultades aun mayores tropiezan en los casos de contiendas apasionadas aquellos observadores imparciales que tratan de averiguar a quiénes se ha de imputar tal o cual delito, quiénes fueron sus inmediatos ejecutores, quiénes sus ocultos inspiradores, quién lanzó la primera injuria, quién la primera piedra. En casos de esta naturaleza, todos son partes interesadas, cuáles en favor, cuáles en contra; cada uno cree haber visto lo que

---

(d) BOURDEAU, *L'Histoire et les Historiens*, liv. III, chap. 1, § 6, pag. 266.

conviene a su secta o a su partido; nadie presta declaraciones que puedan dañar a sus correligionarios, i no es raro que dos o mas fanáticos se disputen la gloria de haber cometido un delito enteramente imaginario (e). Estalla entónces la discrepancia de los relatos, la contradiccion de las versiones, i el que oye a todos no acierta en el primer momento a distinguir la verdad de la mentira.

Exactamente igual a la tarea del juez que quiere dictar un fallo bien fundado es la del historiador que quiere narrar con exactitud los sucesos. Lo que uno i otro hacen es investigar la verdad de los hechos. Si éste emplea en sus investigaciones medios de prueba, aquel recurre a las fuentes de informacion; i el que se propone estudiarlos para relatarlos no tropieza con ménos dificultades que el que está obligado a investigarlos para hacer justicia. Los mismos intereses i las mismas pasiones vician el testimonio que se pide por la justicia i el que se consulta por la historia. Si se da testimonio de una derrota, ninguno asume la responsabilidad. Si se lo da de una victoria, todos se disputan la participacion decisiva. I si se trata de narrar sucesos de carácter político o relijioso, se tropieza con que los contemporáneos han incurrido en insalvables contradicciones. Trabajo me ha costado (dice Tucídides, contemporáneo de los sucesos que narra) descubrir la verdad de aquellos que no he presenciado, porque los testigos oculares no siempre andan de acuer-

---

(e) Charles IX s'est vanté fausement d'avoir préparé la Saint Barthélemy. LANGLOIS ET SEIGNOBOS, *Introduction aux Études historiques*, liv. II, chap. VII, pag. 142.

do i discrepan segun sus simpatías o la fidelidad de su memoria (f).

Cuando Walter Raleigh, arrestado en la Torre de Lóndres, se ocupaba en escribir la segunda parte de su *Historia del Mundo* (dice Bourdeau), un día fué interrumpido en su trabajo por el bullicio de una riña que habia estallado bajo las ventanas de su prision. Con mirada atenta, observó todos los incidentes i quedó persuadido de haberse dado cuenta exacta del suceso. Mas, como al dia siguiente platicara acerca de los incidentes de la riña con un amigo que habia sido testigo i aun parte activa, fué contradicho por éste en todos los puntos; i despues de reflexionar sobre tan estraño desacuerdo, concluyó que por medio del testimonio, nunca se puede conocer con certidumbre los sucesos del pasado (g).

Que esta conclusion es inadmisibile por exajerada, lo demostraremos mas adelante; pero sin perjuicio podemos convenir desde luego en que hai sobrados motivos para desconfiar de la veracidad absoluta del testimonio personal, porque la historia no debe ser mas crédula que la justicia.

Nadie ignora que de todos los medios probatorios empleados ante los tribunales, el mas imperfecto, el mas peligroso, el mas espuesto a errores i a fraudes es el de las declaraciones testimoniales. Dia a dia se ve allí que por medio de testigos, cada litigante prueba plenamente

---

(f) TUCÍDIDES, *Guerre du Péloponèse*, liv. I, chap. XXII.

BOURDEAU, *L'Histoire et les Historiens*, liv. III, chap. I, § 1, pag. 176.

(g) BOURDEAU, *L'Histoire et les Historiens*, liv. III, chap. I, § 1, pag. 179.

hechos que jamas se han realizado, que el casado es soltero, o el soltero, casado; que el bastardo es lejítimo, o el lejítimo, bastardo, etc.

De manera particularmente notoria resalta la deficiencia de la prueba testimonial en los procesos que se instruyen por los tribunales chilenos con motivo de los delitos que se cometen durante las elecciones. En esos casos, es tanta la mendacidad de los testigos que las declaraciones judiciales rara vez dejan descubrir a ciencia cierta la verdad de lo ocurrido i las personas de los delincuentes.

Cuando no es la mala fé quien inspira a los testigos, es la pasion, es el interes, es la amistad, es el odio, es el parentesco, es el proselitismo. Cada cual no atestigua sino lo que interesa a los suyos, niega o calla lo que puede perjudicarles, supone lo que puede salvarles, da como ciertos hechos dudosos, declara que le consta lo que solo conoce de oídas, exajera el alcance de una expresion, atribuye dañada intencion a palabras inofensivas, ve un acto de posesion en un acto de mera tenencia, i en suma, terjiversa lo ocurrido de manera mas o ménos sustancial (h).

No hai juez, ni abogado ni litigante que no haya tenido ocasion de notar estos vicios en el testimonio humano. Las leyes mismas los suponen i los reconocen, i por esta causa, rechazan la prueba testimonial en los actos mas importantes de la vida civil, i para los casos en que la admiten la rodean de mil precauciones, prohíben

---

(h) SPENCER, *Introduction à la Science Sociale*, chap. V, pág. 80 et 86.

dar entero crédito al testigo singular, i anulan las declaraciones prestadas por aquellos que estan ligados a las partes con vínculos de interes, de amistad estrecha o parentesco cercano.

Con el mismo propósito de garantizar la veracidad de su palabra, se les exige so pena de nulidad que den razon de su dicho, i se suele facultar al juez para que les interroge acerca de los puntos oscuros de sus declaraciones. Por lo jeneral, las declaraciones falsas solo engañan a la justicia cuando ella las recibe pasivamente en forma de contestaciones estereotipadas de antemano. Pero cuando el juez pide detalles, cuando interroga acerca de las circunstancias reales i personales, acerca del día i de la hora, acerca de la manera, forma i ocasion, etc., entónces surjen las contradicciones, se fija el alcance de las palabras, se descubren las tergiversaciones, i se hace lucir la verdad. Lo que el testigo dijo constarle, solamente lo habia oido; si declaró que fulano habia poseido tal casa, es porque le habia visto ocuparla como arrendatario; aseguró que habia presenciado el asesinato porque habia visto a Sutano retirar el puñal de la herida. Por medio de estos procedimientos indagatorios, el error se rectifica a sí mismo, la mala fé cae en sus propias redes i el juez esperto arranca la verdad aun a los testigos mas empeñados en ocultarla o tergiversarla.

Un sabio del siglo XVI enseñaba que donde estallaba un rayo, quedaba indefectiblemente una piedra sílice de la forma de un machete, de un martillo, de un hacha, etc. En comprobacion mostraba varias especies que habian caido en Viena, en Torga, en Siplitz i en

otros lugares, i citaba el testimonio de diferentes personas: la piedra de Torga habia sido recojida por un jóven despues de una tempestad que hubo allí el 17 de Mayo de 1561; la de Siplitz la habia recibido de unos campesinos que la habian encontrado debajo de una encina desarraigada por el rayo, i otra le habia sido obsequiada por un albañil *digno de fé* que la habia estraído de una profundidad de doce codos (i). Pues bien, todas estas piedras que segun el testimonio de personas fidedignas, habian caído de las nubes, eran hachas, machetes, martillos de sílice groseramente labrados por los aboríjenes de Europa; i de consiguiente, no es dudoso que si las personas aludidas hubiesen sido sometidas a un riguroso exámen indagatorio, se habria descubierto que ninguna, absolutamente ninguna habia sido testigo del hecho aseverado por todas.

Ello se comprende: si el relato de las crónicas no es en el fondo mas que el testimonio que de los sucesos contemporáneos dan algunos hombres ante la posteridad, lójicamente se infiere que para aclarar, precisar i fijar el alcance i la veracidad de las narraciones, los investigadores debieran proceder en rigor de la misma, mismísima manera que los instructores judiciales (j). En este punto no caben diferencias apreciables, pues los cronistas i los analistas son simples testigos i en este carácter, se los puede tachar cuando relatan un suceso ante la posteridad por los mismos motivos que autorizan a

---

(i) HAMY, *Précis de Paléontologie humaine*, chap I, pág 15.

(j) LENGLET DU FRESNOY, *Supplément de la Méthode pour étudier l'Histoire*, II<sup>e</sup> discours, pág. 13.

tacharles cuando declaran ante la justicia lo que de él han visto u oído. En otros términos, para que el testimonio mereciese en la historia siquiera el crédito restringido que la justicia le presta, sería indispensable que el historiador adoptase las mismas precauciones que las leyes han impuesto a los jueces.

Que así es como se debe proceder lo prueba el hecho de que todos los grandes historiadores de nuestros días tratan de proceder así. Convencidos de que procurarse informaciones fidedignas de los acontecimientos es tarea no ménos delicada que procurarse pruebas plenas de los hechos, ellos someten el testimonio de los contemporáneos a rigurosísimos exámenes i descubren errores en Heródoto, parcialidad en Tácito, i en Gregorio de Tours mentiras.

Empero, no siempre ni en todo puede la historia adoptar las precauciones del procedimiento probatorio. Si la justicia exige el testimonio concordante de dos personas para prestar crédito a un hecho, la historia cuenta largos intervalos (por ejemplo, el que va del siglo V al siglo IX de nuestra Era) durante los cuales los que narraron acontecimientos contemporáneos i cuyas obras han llegado a nuestros días se sucedieron cronológicamente de uno en uno (1).

Regla sapientísima de prudencia es desconfiar de la veracidad de aquellos testigos que por motivos especiales pueden propender a tergiversar la verdad. Pero el que se propone narrar la historia de los dos primeros siglos

(1) LANGLOIS ET SEIGNOBOS, *Introduction aux Études historiques*, liv. II, chap. VIII, pág. 169.

SMEDT, *Principes de Critique historique*, chap. VIII, pág. 131.

del Imperio Romano tiene que fiarse por necesidad al testimonio de Suetonio, de Tácito, Dion Casio i otros cronistas, todos los cuales como patricios i como republicanos estuvieron afiliados a la oposicion liberal de los irreconciliables i vivieron empeñados en denigrar las instituciones i las personalidades del cesarismo democrático.

Aun mas: se cuentan entre los mas acreditados cronistas de la antigüedad algunos cuya veracidad fué negada casi desde sus mismos tiempos. Por ejemplo, Asinio Pollion negó la exactitud de los *Comentarios* de Julio César; i Ctesias, Plutarco i Luciano acusaron de mentiroso a Heródoto (m). Pero no habiendo otras fuentes donde estudiar la invasion persa i la guerra civil, estas impugnaciones no han retraido a los historiadores de citar a Heródoto i a Julio César como testigos fehacientes.

Sobre que no puede eliminar los testigos sospechosos, el historiador está privado de la inapreciable facultad de hacerles preguntas indagatorias. Por necesidad ineludible, tiene que aceptar sus testimonios, esto es, sus narraciones en la forma en que han llegado a sus manos. Como quiera que ya no existen, no puede pedirles que aclaren una ambigüedad, que espliquen una contradiccion, que rectifiquen una fecha, que expresen cuáles sucesos presenciaron, cuáles noticias oyeron, cuáles personas les suministraron informaciones, en cuál partido estuvieron abanderizados, etc., etc. (n). Puesto así en la

---

(m) SUTTONIO, *Vida de Cayo Julio César*, cap. LVI.

CROISSET, *Histoire de la Littérature grecque*, t. II, chap. X, pág. 591.

(n) SMEDT, *Principes de Critique historique*, chap. VII, pag. 99.

impotencia de adelantar las indagaciones testimoniales, no es de extrañar que a menudo preste crédito a fábulas i patrañas absurdas i que convierta la historia en una es-  
posicion de conjeturas mas o ménos verosímiles.

Al hablar del nacimiento de Jesus, observa Mariana que segun ciertos autores, el suceso se verificó en tal año, segun otros en cual otro. «Nosotros (agrega), consideradas todas las opiniones i las razones que hacen por cada una de ellas, seguimos lo que nos parecia mas probable i a lo que autores mas graves se arriman. El lector podrá, por lo que otros escriben, escojer lo que juzgare ser mas conforme con la verdad» (ñ).

§ 41. *Parcialidad de los cronistas.* Por via de comprobacion de las precedentes observaciones, estudiemos particularmente algunas de las tachas en que los mas afamados cronistas han incurrido, i entre ellas, en primer lugar, su casi inevitable parcialidad.

Si a los que relatan los sucesos contemporáneos no se debe reconocer mas veracidad que a los simples testigos i si por el hecho de consagrarse a narrar los sucesos los hombres no cambian de naturaleza, ni se despojan de sus pasiones, ni merecen ante la historia mas crédito que ante la justicia; es evidente que su palabra puede ser tachada siempre que por sus antecedentes personales aparezca inspirada por el interes, por el parentesco, por el odio, por la gratitud, por el espíritu de proselitismo, por el amor a la patria, esto es, por cualquier móvil que la haga sospechosa de parcialidad (o).

(ñ) MARIANA, *Historia de España*, t. I, lib. IV. cap. I, páj. 300.

(o) LENGLET DU FRESNOY, *Supplément de la Méthode pour étudier l'Histoire*, t. V, Troisième Discours, pag. 29.

Si día a día vemos que las oposiciones imputan a los gobiernos, los partidos a los partidos, las sectas a las sectas abusos i delitos absolutamente imaginarios ¿cómo creer a piés juntillas cuanto los historiadores patricios dicen en mengua de los emperadores romanos? En plena Cámara de Diputados oí con mis propios oídos en 1881 que un profesor de historia comparaba al probo, virtuoso i democrático don Aníbal Pinto, Presidente de la República, con Neron i con Tiberio. ¿Cómo prestar entero crédito a las imputaciones con que Ciceron infamó la memoria de Catilina?

Si hubiéramos de creer a los cronistas eclesiásticos, Constantino I mereció el título de *grande*, pero la historia civil le ha despojado de su grandeza, de su magnanimidad i de su altura moral, porque sin desconocer que favoreció el progreso cuando protejió al cristianismo naciente, no juzga digno de la admiracion de la posteridad a un hombre que devolvió a los padres la facultad de vender las personas de sus hijos, que mató a su mujer i a su hijo, que simultáneamente construia templos cristianos i consagraba el domingo al sol, que se hacia dar la investidura de obispo cristiano i seguia usando la de pontífice pagano i que despues de presidir el concilio de Nicea, alternativamente protejió i persiguió a los arrianos (p).

En la historia de los Reyes de Judá i de Israel, his-

(p) SOCRATE, *Histoire de l'Église*, liv. I, chap. II et XVIII.

BOURDEAU, *L'Histoire et les Historiens*, liv. III, chap. I, § 4, pag. 257.

VOLTAIRE, *Fragments d'histoire*, article VII, pag. 233 des *Oeuvres Complètes*.

toria escrita totalmente por el cuerpo sacerdotal, se advina a la vuelta de cada página la parcialidad sectaria de los analistas: todos aquellos monarcas que se dejaron guiar por la teocracia aparecen allí ensalzados, glorificados, santificados, unidos como los hijos predilectos de Jehová; i al contrario, se pinta como hombres criminales i depravados a todos, absolutamente a todos los que manifestaron veleidades de emanciparse. Ahora bien, sin desconocer las tendencias morales de esta enseñanza ¿concuerdá ella con la realidad histórica? Presumiblemente nó; porque de las mismas crónicas sacerdotales se infiere (es un ejemplo) que Jehú, ensalzado por ellas hasta convertirle en un príncipe modelo, fué un hombre traidor, desleal, inhumano, implacable i fanático; i Achab, tan denigrado por los levitas, fué en suma (observa Renan) un notable monarca, intrépido, inteligente, moderado i amante de la civilizacion (q).

Este espíritu sectario, que injustamente denigra al enemigo, e inmerecidamente glorifica al correligionario, es un defecto casi peculiar de los cronistas. Llamados a narrar principalmente la historia de su tiempo, no pueden despojarse de las pasiones de luchadores, de cre-

---

(q) Selon RENAN, «dans la lutte de ces énergumènes avec la royauté c'est en général la royauté qui a raison. Leurs conseils sont toujours les plus implacables et les moins pratiques. Pas de quartier pour l'ennemi; pas d'alliance avec les *gôim* (les nations, les paiens); droit de la guerre poussé à ses conséquences les plus féroces. Tuer tout sans miséricorde, leur paraît l'idéal du guerrier de Jahvé. Epargner le vaincu, obéir à un sentiment d'humanité est le dernier des crimes.» RENAN, *Histoire du peuple d'Israel*, t. II, liv. IV, chap. VIII, pag. 301 et chap. IX, pag. 318 et 326.

yentes, de patriotas al hablar de los acontecimientos políticos, religiosos o militares. Para que pudieran escribirla de una manera imparcial, seria menester que carecieran casi en absoluto de todo sentimiento religioso i de todo interes político i que a la vez no estuvieran con ningun personaje histórico de sus tiempos ni ligados por favores ni enemistados por agravios. Entre tanto, los mas de los cronistas fueron hombres que de una u otra manera intervinieron en los sucesos contemporáneos, fueron luchadores que sostuvieron una causa en contra de otra, fueron personas ligadas por vínculos de gratitud o proselitismo a los caudillos de uno u otro bando, fueron opositores que vivieron en desgracia hostilizados por los gobernantes vencedores; i cuando así no hubiese sucedido, acaso no se habrian sentido estimulados a narrar la historia de su tiempo (r).

No escribe el cronista en las condiciones que escribe el historiador. Colocado por el trascurso de los siglos a larga distancia de los sucesos, el historiador puede estudiarlos con perfecta serenidad científica, sin abanderizarse, sin apasionarse. Mas el cronista, que relata sucesos contemporáneos, siente por necesidad los enamoramientos ardorosos, las pasiones injustas, las violentas iras de la sociedad en que vive. i raras veces puede sus-

(r) MONTAIGNE, *Essais*, t. II, liv. II, chap. X, pag. 225.

VOLTAIRE, *Pyrhonisme de l'histoire*, chap. XVII, pag. 83 du t. V des *Oeuvres complètes*.

FONTENELLE, *Histoire des Oracles*, chap. IV, pag. 274 du t. III des *Oeuvres*.

Feijoo, *Reflexiones sobre la Historia*, § IX i X, páj. 163 de sus *Obras Escogidas*.

traerse al influjo de uno u otro partido, de esta o aquella secta, de tal o de cual escuela.

Cuando la sociedad pagana imputaba a los cristianos los mas horrendos crímenes i vicios; cuando los acusaba de celebrar infames ayuntamientos en nocturnas barchanas; cuando echaba a correr que sacrificaban niños inocentes para hartarse con su carne i con su sangre; no es de estrañar que Tácito, la mas jenuina personificación de la justicia histórica, aseverase que se les aborrecia por su depravacion i por sus infamias i creyese que realmente se les habia convencido de odiar al jénero humano (s).

Al hablar de los moros, Mariana les apellida la *gran canalla*; de los waldenses dice que era *jente perversa i abominable*; i en cuanto a los albijenses, era una *secta no ménos aborrecible* (t).

Gregorio de Tours no solo pinta a los monarcas arrianos con los mas negros colores, sino que cada i cuando viene a su pluma el nombre de un hereje, lo acompaña de los epítetos mas infamantes, les acusa de cobardía i les llama rejicidas, perros i cerdos. En cambio, escusa, aprueba o aplaude los mas abominables crímenes cometidos por Constantino, por Clodoveo i demas príncipes católicos, i omite relatar las iniquidades del obispo Pappolus para *no aparecer como detractor de sus herma-*

(s) TERTULIANO, *Apolojía*, cap. VII.

TÁCITO, *Annales*, liv. XV, chap. XLIV.

(t) MARIANA, *Historia de España*, t. II, lib. VII, cap. III, páj. 264 i t. III, lib. XII, cap. I, páj. 226.

*nos (u)*. De esta manera oculta la mitad de la historia i altera la fisonomía de la otra mitad.

Crear que estas prácticas constituyen escepciones singulares seria un error. Lo escepcional es que se las confiese con injenuidad. Lo jeneral es que los cronistas eclesiásticos entinten sus plumas en hiel ponzoñosa para hablar de aquellos que combatieron sus doctrinas, que justifiquen las mas horrendas iniquidades cometidas en interes de sus religiones i que omitan la narracion de aquellos actos i sucesos que juzgan no convenir a sus intereses sectarios. Con la conciencia de que procedia honestamente, Eusebio declaraba que al hablar de las persecuciones pasaria en silencio las discordias, los altercados, las riñas, las apostasías de los cristianos; i que no relataria sino aquellos sucesos cuyo conocimiento fuera en su sentir útil a la posteridad i que sirvieran para manifestar la perfecta equidad de los fallos divinos (*v*).

En vicios semejantes hace caer el patriotismo. Sea por no chocar con el sentimiento nacional, sea por no exhibir ante el mundo las llagas de la madre patria, los cronistas ocultan las derrotas de sus compatriotas, adjudican a su nacion glorias fantásticas, escusan las bajezas e indignidades de sus gobiernos i atribuyen a la traicion las victorias del enemigo.

---

(u) GRÉGOIRE DE TOURS, *Histoire ecclésiastique des Francs*, t. I, liv. I, chap. XXXIV, liv. II, chap. XI, et liv. V, chap. V.

MONOD, *Les Sources de l'Histoire mérovingienne*, chap. V, pag. 125 à 128.

(v) EUSEBIO, *Histoire de l'Église*, liv. VIII, chap. II.

«El amor de la patria (dice Torquemada) muchas veces se lleva tras sí la verdad i aun la niega por ser cosa natural querer cada uno honrar i engrandecer el lugar i sitio donde ha nacido, que todos le tenemos por madre.» (y). ¿No trata la Biblia de ladrones a los pueblos circunvecinos que despues de haber sido desalojados de Canaan, reaccionaban contra Israel para reivindicar la tierra de sus antepasados? (x).

La crónica del musulman Ibn-Adhari, que se conceputúa como una de las mas completas de los tiempos medios, no dice una palabra de la gran campaña de 939, al fin de la cual Abderraman III fué desastrosamente derrotado por Ramiro II en los campos de Simancas (z); i Flavio Josefo observa que movidos por el propósito de adular a los romanos e incitados por el odio a los judíos, algunos escritores que bajo de Vespasiano presenciaron la guerra entre ámbos pueblos la relataron de una manera mui otra de como realmente habia ocurrido (a a).

Dos siglos ántes habia hecho una observacion pare-

(y) TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, t. I, lib. II, cap. XII.

FEIJOO observa que «la vanidad nos interesa en que nuestra nacion se estime superior a todas, porque a cada individuo toca parte de su aplauso; i la emulacion con que miramos a las estrañas, especialmente las vecinas, nos inclina a solicitar su abatimiento. Este abuso ha llenado el mundo de mentiras, corrompiendo la fé de casi todas las historias. Cuando se interesa la gloria de una nacion propia, apénas se halla un historiador cabalmente sincero. FEIJOO, *El Amor de la Patria*. § IV, páj. 144 de sus *Obras Escogidas*.

(x) *Libro cuarto de los Reyes*, cap. XXIV, § 2.

(z) DOZY, *Investigaciones acerca de la Historia i de la Literatura de España*, t. I, cap. IX, § 9, páj. 240.

(a a) FLAVIO JOSEFO, *Histoire de la guerre des Juifs contre les romains*, pag. 541 des *Oeuvres complètes*.

cida el amigo de Escipion el Africano. En los principios de su *Historia Jeneral*, declaraba Polibio que se habia propuesto narrar la guerra púnica en parte principal porque los dos historiadores que segun el comun sentir la habian relatado con mayor cordura habian terjiversado sobremanera la verdad. Apasionado en favor de los cartajineses, Philino les atribuyó una sabiduría, un valor i una rectitud que negó en absoluto a los romanos; i en cuanto a Fabio, parecia creer que si reconocia algunas cualidades a los enemigos de Roma, por el mismo hecho privaba de ellas a los hijos de la gloriosa metrópoli (a b).

Esto no es todo ni es lo peor: con la parcialidad ocasionada por los sentimientos mas o ménos nobles de relijion, de patria i de partido se confabula, para terjiversar la historia, la parcialidad mucho mas inescusable e injusta ocasionada por móviles meramente individuales. El odio despoja de sus prendas al enemigo; el amor las adjudica al amigo, el interes no relata mas que lo que le conviene i la adulacion engrandece a los pequeños que dispensan favores.

Tácito observa que en los tiempos de la República la historia del pueblo romano se escribia con tanta elocuencia como libertad; pero que despues de la batalla de Actium, cuando en interes de la paz se confió el gobierno a uno solo, se empezó a faltar a la verdad no solo por ignorancia de los negocios del Estado, ahora estraños a los ciudadanos, sino tambien por el furor que desde entónces nació de adular o denigrar a los amos (a c).

---

(a b) POLIBIO, *Histoire Générale*, t. I, liv. I, chap. XIV.

(a c) TÁCITO, *Histoires*, liv. I, chap. I.

Desterrado de Sicilia por Agathocles, el historiador Timeo, cuya singular exactitud fué mui elojjada en la antigüedad, se vengó del tirano achacándole vicios i crímenes imaginarios; i al contrario, Callias que habia sido colmado de beneficios por el mismo príncipe, le pintó como un hombre humano i piadoso cuando en realidad se habia hecho notar por sus crueldades i por su irreverencia para con los dioses (a d).

Las mismas pasiones imputa Sócrates al orador Libanio, en cuyo sentir Juliano fué bajo de ciertos respetos mas hábil i mas sabio que su maestro Porfirio. Empero (observa el cronista de la Iglesia); si Porfirio hubiese sido emperador, Libanio habria pensado que sus obras valian mas que las de Juliano, i si Juliano hubiese sido un simple profesor de retórica, habria sido calificado por Libanio como pésimo orador: la prueba es que despues de haber glorificado a Constancio en vida, le difamó cuanto pudo tan pronto como este príncipe exhaló el último suspiro (a e).

Cuando tan injustas son las pasiones que inspiran la pluma del cronista, la razon nos aconseja no confiar mucho en la veracidad de las historias escritas por contemporáneos. Un monje irlandés que amparado en la Corte de Cárlos el Calvo dice de este monarca que es un *nuevo Salomon*; i un cronista real de España que al hablar de Cárlos II el Idiota lo apellida *nuestro gran rei*, no merecen de cierto gran crédito como historiadores. Colocados en un pié de igual dependencia, todos

(a d) DIODORO DE SICILIA, *Bibliothèque Historique*, t. IV, liv. XXI, pag. 299.

(a e) SÓCRATE, *Histoire de l'Église*, liv. III, chap. XXIII.

los cronistas oficiales i asalariados de la Edad Moderna tienen que inspirarnos la misma desconfianza (a f).

Saavedra Fajardo observa que las acciones de los hombres «reciben sus realces i sombras mas del afecto o pasion de los escritores que de la verdad, i así los príncipes que mas favorecieron las letras i los ingenios quedaron mas eternos en la historia, como mas olvidados los que no hicieron caso de ellos» (a g). Despues de esta advertencia ¿quién podría determinar cuánta es la parte de verdad que ocultan, cuánta la que terjiversan, cuánta la que publican los historiadores cortesanos, los asalariados i los pensionarios? (a h).

Si ellos se concretaran a pagar los favores con loas, panejricos i adulaciones, la inmerecida parcialidad de sus juicios no ocasionaria grave mal siempre que relataran de una manera completa los acontecimientos. En tales casos, el historiador futuro podría valerse de los mismos relatos para recomponer la fisonomía moral de los sucesos i de los personajes. Pero lo que ordinariamente acontece es que no pudiendo relatar todos los sucesos, cada autor no menciona mas que aquellos que

---

(a f) D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, *Introduction à l'étude de la Littérature celtique*, liv. III, chap. IX, pag. 379.

NÚÑEZ DE CASTRO, *Corona Góthica*, t. III, parte tercera, páj. 49.

(a g) SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gothica*, t. I, cap. XVIII, páj. 153.

(a h) RAPIN, citado por DAUNOU, dice en sus *Reflexions sur l'Histoire*: «La plupart des historiens, étant d'ordinaire pensionnaires des cours et ne pouvant par conséquent se mettre au-dessus de l'espérance, de la crainte et de toute sorte d'intérêt ni avoir la force de dire toujours la vérité, il leur devient presque impossible de ne pas tromper leurs lecteurs.» DAUNOU, *Cours d'Études historiques*, t. I, liv. I, chap. XI, pag. 305.

concuerdan con sus designios; i en cuanto a los restantes, o los omite en absoluto, o alude a ellos de una manera rápida e incidental, en forma que el lector no se incline por su causa a modificar el juicio sugerido por la narracion principal. Así es como el gran Bossuet (segun las palabras de Buckle) se extasia en la contemplacion de un oscuro monje de Tours llamado San Martin, i por odio al mahometismo no hace mencion alguna de la influencia que Córdoba i Bagdad ejercieron en el desarrollo intelectual de la Edad Média (a i).

§ 42. *Ignorancia de los cronistas.* En lo que llevo dicho acerca del testimonio, no he mencionado sino aquellos vicios que son inherentes a esta fuente de informaciones; las personas mas doctas pueden cometer errores de gravedad en la narracion de los sucesos contemporáneos, omitir acontecimientos trascendentales, incurrir en ambigüedades indescifrables, contradecirse recíprocamente, etc., etc. Pero se comprende que estos vicios han de ser mayores en las obras de aquellos cronistas que por su falta de preparacion científica, no podian distinguir lo natural de lo absurdo.

Desgraciadamente, cuando la ignorancia reinaba en las sociedades por derecho de primogenitura, no habian de ser los cronistas los únicos en sustraerse a su imperio, i ántes, al contrario, por haber escrito mas que otros, dejaron mas ejemplos de las inauditas aberraciones en que puede incurrir el espíritu humano.

Que Pausanias creyera que en un archipiélago de

---

(a i) BUCKLE, *Histoire de la Civilisation en Angleterre*, t. III, chap. XIII, pag. 152 à 154.

nueve islotes había uno donde jamás llovía aun cuando el agua de las nubes inundara los ocho restantes; que Ctesias afirmase existir en la India un lago cubierto por una capa de aceite de comer; que Diodoro de Sicilia enseñase que los cristales se componen de agua pura congelada, «no por el frío, sino por la acción de un fuego divino»; que Plinio aseverase que los rayos son fuegos lanzados por el planeta Júpiter; que todos los historiadores antiguos prestaran crédito a las fábulas de los gigantes i de los hombres con cola; que Gregorio de Tours repitiese muy gravemente la risible leyenda de los israelitas acerca de las pirámides, a saber, que José construyó de piedra i concreto unos graneros de un trabajo admirable, anchurosos en la base, pero estrechos en la cúspide i dispuestos de manera que por un pequeño orificio se podía echar en ellos el trigo: errores son que la estulticia normal de los ignorantes puede recibir a cuenta de verdades (a j)

Igualmente se comprende que incurrieran en errores aun mas garrafales cuando referían fenómenos que por suponerse ocurridos en lejanos países, no eran susceptibles de comprobación. Tal fué, por ejemplo, el caso de los grandes historiadores griegos, los cuales porque carecían de los conocimientos necesarios para saber si el

(a j) SAINT GRÉGOIRE, *Histoire ecclésiastique des Francs*, liv. I, chap. X.

PAUSANIAS, *Voyage Historique*, t. I. liv. I, chap. XXIII, pag. 72 et liv. II, chap. XXXIV, pag. 235.

DIODORO DE SICILIA, *Bibliothèque historique*, t. I, lib. II, chap. LII.

PLINIO, *Histoire Naturelle*, t. I, liv. II, chap. XVIII, § 1.

LEFMANN, *Historia de la India Antigua*, t. I de la *Historia Universal* de Oncken, páj. 2.

orden natural es uno en toda la tierra o si cambia de un país a otro, aceptaron sin mayor desconfianza mil increíbles patrañas acerca de la India referidas por Ctesias, médico griego que vivió en Persia al servicio de Artajerjes, i por Megásthenes, embajador de Seleuco ante los príncipes del Ganje. Contaron estos embaucadores que en aquel país había unos hombres que tenían los piés al revés, otros que carecían de boca, otros que no disponían más que de una pierna, otros que tenían un solo ojo, otros que tenían dos ojos, pero a la espalda, otros que estaban adornados por la naturaleza de unas orejas que les llegaban a los talones i les servían para envolverse los piés durante la noche; otros que se distinguían por tener cabezas de perro i que cuando querían hablar ladraban; otros que carecían absolutamente de cabeza; otros que vivían hasta mil años, etc., etc.

Tales fueron las patrañas con que aquel par de far-santes alimentó durante varios siglos la curiosidad i la credulidad de uno de los pueblos más cultos de la Edad Antigua. De entre los grandes escritores cuyas obras han llegado hasta nuestros días, ignoro si hubo alguno que no prestara crédito a tan groseras i estúpidas mentiras. Ni aun recuerdo que alguno de ellos advirtiese que si en algunas montañas de la India había como 120,000 hombres que tenían cabezas de perro i que ladraban en vez de hablar, semejantes animales podrían ser perros, o lobos o pertenecer a otra especie desconocida, pero no podrían pertenecer a la raza humana ni ser hombres (al).

(al) STRABON, *Géographie*, liv. XV, chap. I, § 57.

PLINIO, *Histoire Naturelle*, t. I, liv. VII, chap. II, § 3, 5, 6, 7, 14, 15 i 16.

Por mas absurdas que sean estas patrañas, había sin embargo una razon para prestarles crédito, una razon nimia, pero al fin i al cabo una razon, i es que las atestiguan dos autores cuya veracidad nadie desconocia. Mas ¿qué confianza puede inspirarnos el criterio de un analista para discernir entre los sucesos los falsos i los verdaderos cuando le vemos prestar crédito a otras si se quiere mas absurdas, inventadas en sus propias barbas por la estupidez del vulgo?

Heródoto refiere dos veces que cuando alguna desgracia amenazaba a los pedaseos, pueblo vecino de Halicarnaso, le crecía una gran barba a la sacerdotisa de Minerva, i añade que cuando el ejército de Jerjes hubo atravesado el Helesponto, una yegua dió a luz una liebre (*am*).

En sus viajes a traves de la Grecia, Pausanias tuvo noticias ciertas de una multitud de fenómenos sobre manera inauditos. En la Arcadia vió una fuente cuyas aguas curaban instantáneamente de la rabia, i en Beocia, un pozo cuyas aguas daban el don de la profecía. En el monte Lyceo había un circuito sagrado donde los hombres i los animales no proyectaban sombra, i no lejos corria un rio cuyas aguas disolvian todo vaso así fuese de vidrio, de cristal, de arcilla, de mármol, de cuerno, de hueso, de fierro, de cobre, de plomo, de estaño, de ámbar, de plata o de oro. La única sustancia que resistia a la disolucion era el cuerno de las patas de los caballos. Por último, en Achaia tuvo noticia de una

---

(a m) HERÓDOTO, *Los Nueve Libros*, lib. I, cap. CLXXV, lib. VII, cap. LVII i lib. VIII, cap. CIV.

mujer que se habia hecho embarazada con echarse unas almendras al seno (a n).

No ménos crédulo fué el sabio Plinio. Su *Historia Natural* no es en sustancia mas que un fárrago de partrañas donde por inadvertencia han quedado tambien algunas verdades. Con la gravedad del sabio convencido, cuenta Plinio que la rémora detiene los buques de mas grande calado con solo pegarse a sus fondos; que hai piedras que paren piedras; que una mujer dió a luz una serpiente; que en Beocia hai una fuente que da memoria i otra que la quita; que en la isla de Ceos se conoce otra que idiotiza a los hombres; que un rio de Pyrrhea trae la esterilidad a las mujeres i una fuente de los thespios las fecundiza, por supuesto sin que medie obra de varon. «Si álguien juzga increíbles estos relatos (advier-te el sabio naturalista), sepa que ningun órden de la naturaleza ofrece mas maravillas.»

Habria que transcribir libros enteros de la *Historia Natural* si fuese menester enumerar todas las preocupaciones científicas, las creencias absurdas i los inconcebibles errores que constituian la ciencia de Plinio i de la antigüedad entera. Para juzgar su criterio de hombre, de sabio i de historiador, bastan i sobran los ejemplos que dejo apuntados. Sin embargo, no puedo resistir a la tentacion de esponer su creencia en la transformacion de los sexos.

«La metamórfosis de la mujer en hombre no es tan

---

(a n) PAUSANIAS, *Voyage Historique*, t. II, liv. VII, chap. XVII, pag. 105, liv. VIII, chap. XVIII, pag. 169, chap. XIX, pag. 170 et chap. XXXVIII, pag. 207 et liv. IX, chap. II, pag. 241.

rara como se podría suponer (advierde el sabio enciclopédico). Hemos leído en los *Anales* que bajo el consulado de Licinius Crassus i de C. Cassius Longinus (año 581 de Roma) una doncella que estaba todavía bajo de la potestad paterna se convirtió en hombre... Licinius Mucianus refiere que en Argos conoció a un sujeto llamado Arescon, el cual ántes habia sido mujer, se habia llamado Arescusa i aun habia tenido marido; en seguida le habia salido barba, se le habian desarrollado partes viriles i habia tomado mujer. Lo mismo ocurrió a un muchacho de Smirna, a quien vió tambien Licinius Mucianus. Yo mismo he visto en Africa a L. Cossicius, ciudadano de Thysdris, que nació mujer i el dia de sus bodas se transformó en varon» (a ñ).

Seria grave error creer que solamente los autores mencionados o que solamente los autores paganos se distinguieron por tan estúpida ignorancia. Cuando el mismo Plinio declara que para compilar los 20,000 hechos, esto es, las 20,000 patrañas anotadas en su obra hubo de consultar 2,000 autores, debemos creer que su ignorancia era la ignorancia de la sociedad entera. No se esceptuaron de ella ni aun los pensadores cristianos, porque si el Evangelio es luz que alumbra el camino del bien, no es luz que alumbre el campo de la verdad.

---

(a ñ) PLINIO, *Histoire Naturelle*, t. I, liv. VII, chap. III, § 2 et § 3 et t. II, liv. XXXI, chap. VII, chap. XI, chap. XII, chap. XVIII, § 1, liv. XXXII, chap. I, § 2 i 3 et liv. XXXVI, chap. XXIX, § 1.

PAUSANIAS dice que no habla de la metamórfosis del sabio Tiresias, quien de mujer que era se transformó en hombre, porque es cosa que nadie ignora. PAUSANIAS, *Voyage Historique*, t. II, liv. IX, chap. XXXIII, pag. 298.

Entre los mas grandes espositores de la nueva fé, se contó de cierto el doctor de la gracia. La precision vigorosa de su estilo, la clara profundidad de su doctrina, la altura moral de su espíritu, su vasto saber, etc., le alzaron a la categoría de los pensadores que mas honran a la cristiandad. Sin embargo, estas singulares dotes no le libraron de prestar crédito a patrañas tan absurdas como las que dejo enunciadas. Segun se puede comprobar leyendo *La Ciudad de Dios*, san Agustin creia que el diamante, rebelde al fuego i al hierro, se ablanda por medio de la sangre de cabro; que la salamandra puede vivir en el fuego; que una piedra de la Arcadia se llama asbesto, es decir, inestinguible porque si se la calienta una vez, no torna jamas a enfriarse. Ademas, supo por *testimonios fidedignos* que en la Galia, cerca de Grenoble, habia una fuente donde las hachas encendidas se apagaban i las apagadas se encendian (a o).

Empero, nada manifiesta mejor cuán jeneral era el desconocimiento de la naturaleza, que la comun creencia en la fecundacion de las yeguas de Lusitania por el viento: los mas insignes padres de la Iglesia prestaron a tan absurda patraña tanto crédito como los mas sabios escritores del paganismo. Sin contar a los poetas (dice Costa) «hai no ménos de tres autores de ciencia esperi- mental, escelentes observadores todos tres... que residieron en la Península o viajaron por ella... i que certifican a una ser cierta la fecundacion de las yeguas lusitanas por el viento Céfitro. *Res incredibilis, sed vera*,

---

(a o) SAN AGUSTIN, *La Cité de Dieu*, liv. XXI, chap. IV, chap. V, chap. VII.

afirma Varron; sabida i corriente, *nottissima*, dice otro agrónomo, Columela; *constat*, es cosa averiguada, añade Plinio, el naturalista, sin ocurrírsele a ninguno de ellos que sea preciso pararse a discernirla. El hecho habia pasado a ser una de tantas categorías ordinarias del saber comun i científico, no empañadas por ninguna sombra de duda, en tal extremo que todo un Lactancio juzgó poder hacer argumento de él para acreditar en el orden natural el dogma de la Inmaculada: "pues ostenta  
" Naturaleza brutos que conciben del viento, *segun es*  
" *sabido*, ¿cómo estrañar que la Virjen fuese fecundada  
" por el aura divina, siendo a Dios cosa tan fácil hacer  
" lo que quiere?" Agréguese a estos ilustres nombres el de San Agustin, segun el cual "las yeguas de Capadocia son fecundadas por el viento," i se apreciará mejor cuán altas eran las cabezas que prestaban respetuoso acatamiento a la ignorancia reinante (*a p*).

Cuando uno lee en las obras de aquellos siglos tantas, tan absurdas i tan inescusables patrañas, por mucha que sea su induljencia, no puede librarse de sentir un compasivo desden para sus autores; i ofuscado por el esplendor de las ciencias modernas, se inclina a sacudir de su frente la vergüenza de tan deprimentes errores cortando todo vínculo de continuidad entre la antigua i la nueva Era. En este sistema histórico, la invasion de los bárbaros sería una línea de separacion entre las dos grandes épocas.

---

(a p) COSTA, *Estudios Ibéricos*, páj. XXX.

PLINIO, *Histoire Naturelle*, t. I, liv. VIII, chap. LXVII.

SAN AGUSTIN, *La Cité de Dieu*, liv. XXI, chap. V.

Por desgracia, la indistincion de lo regular i lo absurdo, el desconocimiento de la naturaleza i la creencia en patrañas no acabaron al extinguirse la antigüedad. No quiero recordar al famoso *Juan de los Tiempos* que segun varios cronistas de las Cruzadas, nació en el siglo VIII i alcanzó a ver extinguirse en el siglo X la dinastía de los carlovinjos. Tampoco mencionaré a otro historiador que en su *Histoire de Philippe Auguste* afirma que «desde que la verdadera Cruz ha sido capturada por los turcos, los niños no tienen mas que 20 a 23 dientes en vez de 30 a 32 que tenían ántes.» Ni llamaré la atencion a «las lluvias de verdadera sangre» que segun Gregorio de Tours i otros cronistas cayeron en París i en otras partes (a q).

Habiendo vivido estos cronistas en plena Edad Média, esto es, en una época de mayor ignorancia i supersticion que la de Plinio, no habria razon para suponerles dotados de criterio mas científico. Lo lójico era que prestaran asenso a todas las patrañas.

Pero hai analistas de tiempos posteriores, aun hai algunos que florecieron en pleno siglo XVII i que en sus obras han dejado múltiples pruebas de que no conocieron la naturaleza mejor que el sabio latino. Por ejemplo, el ilustre padre Mariana, muerto cuando ya aquel siglo estaba mui adelantado (1536-1623), escritor sobresalien-

---

(a q) MICHAUD, *Histoire des Croizades*, t. IV, liv. XXII, chap. XXI, pag. 328.

BUCKLE, *Histoire de la Civilisation en Angleterre*, t. I, chap. VI, pag. 365.

GRÉGOIRE DE TOURS, *Histoire ecclésiastique des Francs*, t. II, liv. VI, chap. XIV.

te i doctísimo, refiere bajo la fe del testimonio de Plinio, de Tácito i Dion, que el postrer año del gobierno de Tiberio, al cabo de quince siglos de letarjia, renació de sus propias cenizas el ave Phénix; lo cual en su sentir fué claro indicio, prueba plena e irredargüible comprobacion de qué? pues de la resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo! (a r).

Mucho mas de notar es la ignorancia que Ocampo ostenta orgullosamente a título de erudicion. Aun cuando no alcanzó a cumplir su amenaza de hacer tambien una recopilacion especial de patrañas, sembró su *Corónica* de algunas tan grandes i tan absurdas que no lo habria hecho peor si se hubiera propuesto competir con el mismo Plinio. Cuenta, pues, que mui pocos años despues del nacimiento de Moises falleció el faraon Aménopis; que sus súbditos «le hicieron una figura de piedra;» que aquella estatua «despues adelante les hablaba cada día, cuando comenzaba de rayar el sol, dando respuestas a cuanto le preguntaban,» i que este «engaño del enemigo malo duró hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo, que con su bendita natividad enmudeció las estatuas mentirosas de los demonios.» Asevera que en las Canarias hubo en otros tiempos dos fuentes, las aguas de una de las cuales provocaban una risa interminable que causaba la muerte i las de la otra era el único remedio con que se podia sanar de esta mortal alegría. I por último, enseña que antiguamente existieron centauros, hipógrifos, faunos i sátiros; que en Portugal soplaban unos vientos tan sustanciosos que las yeguas se

---

(a r) MARIANA, *Historia de España*, t. I, lib. IV, cap. I, páj. 304.

empreñaban de ellos sin ayuntamiento de machos; que en unas islas de allende las Canarias habia unas mujeres cubiertas de vello, bravas, terribles e indómitas, que concebían sin ayuntamiento de varon, i que al empezar una de las guerras púnicas, «oyéronse bramidos en el aire temerosos i tristes,» se aparecieron a muchas personas fantasmas monstruosas, algunas fuentes manaron sangre por diversos arroyos» i «algunos animales de hembras se tornaron machos i tambien otros de machos en hembras; lo cual ya en diversas veces ántes i despues aconteció en el mundo» (a s).

¿Se objetará que en justicia no se puede achacar a todos un desconocimiento de la naturaleza tan absoluto como el del insigne maestro Florian de Ocampo? Error, profundo error: el único don que naturaleza reparte por igual entre todos los hombres es el don de la ignorancia. ¿Se quieren hechos comprobatorios absolutamente decisivos?

En el norte de Escocia, fué mui jeneral durante varios siglos una creencia a lo ménos tan estravagante i absurda como la de la fecundacion de las yeguas por el

---

(a s) Hablando de la tierra del Portugal, dice OCAMPO que Tubal i sus compañeros la vieron «bien aparejada para la conservacion de sus ganados, sobre todo de vientos tan substanciosos que poco despues conocieron notoriamente empreñarseles muchas veces las yeguas del aire, solamente con los embates que salian de la mar i parir sin ayuntamiento de machos; la cual naturaleza me dicen que les dura tambien algunas veces en este nuestro tiempo.» OCAMPO, *Corónica General de España*, t. I, lib. I, cap. IV, páj. 49 i cap. VI, páj. 65, cap. XXI, páj. 128 i t. II, lib. III, cap. IX, páj. 49 i 50 i lib. V, cap. VIII, páj. 407 i cap. XLI, páj. 572. Véase tambien MORALES, t. IX, páj. 135 de la misma *Corónica*.

viento. Es el caso que los escoceses del norte, i en especial los insulares de las Orcades se engreían de poseer un árbol que en lugar de flores, semillas o frutas producía pájaros, unas especies de gansos llamados *barnacles*. No era indispensable que el árbol estuviese vivo para que tuviera tan estupenda virtud; a menudo los troncos descortezados que yacían en la playa producían *barnacles*. Lo único que se necesitaba para que se operase aquella maravillosa fecundación era que ellos estuviesen espuestos durante algún tiempo a las aguas del mar. Cumplido este requisito, el árbol producía unas conchas bivalves unidas al tronco por un pedículo, i de cada una de ellas aparecía un pájaro cuando las válvulas se abrían espontáneamente.

Prestaban crédito a esta fábula no solo los ignorantes sino también los doctos. Un escritor de 1677 declara haber abierto muchas de estas conchas i haber encontrado en cada una tan perfectamente formado el pájaro que se distinguían con precisión la cabeza, el cuello, la pechuga, las alas, la cola i las patas; i aun cuando no vió ninguno vivo, personas fidedignas le habían asegurado haberlos visto. Otro escritor de 1597 describe con grandes detalles el nacimiento del pájaro, i al que dude de la verdad de lo que asevera le ofrece convencerle por medio de testimonios no sospechosos. Del mismo fenómeno, habla Giraldus (1154 - 1189) en su *Topographia Hibernica*, i Sebastian Munster (1555) dice que Saxo el Grammatico garantiza la efectividad del hecho i que todos los sabios de Europa le prestaban crédito (*a t*).

---

(a t) He transcrito los datos precedentes de MAX MÜLLER, *Nouvelles Leçons sur la Science du Langage*, t. II, 12<sup>ème</sup> leçon, páj. 293 a 303. En

Prestar crédito a tan absurda patraña me pareció siempre que era el summum de la estupidez i de la ignorancia; pero se convirtió para mí en error mui escusable desde que tuve conocimiento de la que sigue. En un monasterio (llamo la atencion a esta circunstancia) en un monasterio de Loosduinen, Holanda, cerca de la Haya, habia un sepulcro cuya lápida sagrada llevaba una inscripcion en latin que traducida decia así: «La ilustre señora Margarita, mujer del conde Hermann de Hennenburgo, hijo de Florencio conde de Holanda, en el año 1276 de nuestra salud, i 42 de su edad, el dia de Pascua parió 364 hijos vivos, de ámbos sexos. . . . sus cuerpos descansan bajo esta piedra.» Del prodijioso suceso hablan con la mayor gravedad el dux de Jénova, Juan Bautista Fulgoso, Erasmo, Vives, Calvete de la Estrella, Márcos van Vaernewyck, Luis Guicciardino i otros muchos (*au*).

§ 43. *La credulidad de los cronistas.* Esta ignorancia de los cronistas, tan ciega, tan confiada i tan estúpida, ha sido causa de que se resienta gravemente la veracidad de sus narraciones.

No se puede apreciar la veracidad objetiva de un re-

---

Malte-Brun, leo que Mandeville, viajero ingles que visitó el Asia i falleció en 1371, volvió contando entre otras maravillas, que en un país llamado Chadiza se producía una especie de melon que criaba interiormente un corderillo sin lana, pero de carne, hueso i sangre i que esta fruta se comía junto con el animalito. MALTE-BRUN, *Précis de Géographie Universelle*, t. I, liv. XX, pag. 468.

(a u) MENENDEZ PIDAL, *La Leyenda de los Infantes de Lara*, Primera Parte, cap. VI, páj. 184.

DAUMER, *Secrets de l'Antiquité chrétienne*, pag. 133 de *Qu'est ce que la Bible*, de Ewerbeck.

lato (independientemente de las cualidades subjetivas que garantizan la probidad del narrador) si no se sabe, siquiera sea de una manera empírica, hasta donde se estienden los límites de la posibilidad. En otros términos, quien no sepa distinguir lo posible de lo imposible no acertará sino por casualidad a distinguir lo falso de lo verdadero. De consiguiente, es a la ignorancia, aunada con el sentimiento religioso, a quien se debe imputar en primer término esa propension moral a creer sin pruebas ni discernimiento en la realidad de aquellos sucesos que sirven de raíz i oríjen a las creencias populares (av).

Entre los varones piadosos honrados por los santorales romanos, pocos hubo que en los siglos medios fuesen tan bien reputados como San Gregorio el Taumaturgo. Lo que para el vulgo caracteriza la santidad no es la virtud, la piedad, el amor al prójimo, la dedicacion a la enseñanza moral; es la facultad de alterar las leyes de la naturaleza. No hai santo sin milagros (aw). Todo lo demas es simple adorno i accesorio. Si las almas piadosas veneraron a San Gregorio de una manera tan especial, fué porque se le atribuyeron tantos i tan estupendos prodijios que por antonomasia se le apellidó el Taumaturgo, como si dijéramos, el Milagrero.

Ahora bien, de tantos i tantos milagros, fundamento

---

(a v) FEIJOO, Milagros supuestos, páj. 115 de sus *Obras Escogidas*.

(a w) YEPES dice: «El mas ordinario testimonio i en que la Iglesia mas se funda para certificarse de la santidad i virtudes de los santos son los milagros, que son como unos sellos de Dios, con que sella por de fuera a los justos para que sean conocidos por amigos suyos.» YÉPES, *Vida de la bienaventurada virgen Teresa de Jesus*, t. II, lib. IV, páj. 289.

de tanta santidad, no hai constancia alguna realmente histórica. Ningun contemporáneo hizo la menor mencion de ellos. Por primera vez, fueron referidos al cabo de un siglo por San Gregorio de Nysa i por San Basilio su hermano, a quienes los relató su abuela santa Macrina, la cual, dice Tillemont, estaba «mui al cabo de la vida i de las acciones de aquel santo, que ella habia sin duda conocido por medio de los discípulos de éste» (a y). Si advertimos que la espresion *sin duda* no vale en este caso sino por *presumiblemente*, tenemos que la biografía entera del Taumaturgo se funda en simples i delezna- bles presunciones i testimonios de oidas, testimonios de oríjen anónimo, que se recojieron un siglo despues de su muerte i que no constituirian prueba ante tribunal alguno de justicia.

Otro caso mas singular. Es sabido que Compostela disputó durante muchos siglos la primacia de la iglesia de España i que uno de los títulos justificativos de su ambicion era el de poseer los restos del apóstol Santiago. Cualquiera creerá que un título alegado por los inte- resados en una cuestion eclesiástica de tamaña gravedad se fundaria en una serie no sospechosa de pruebas escritas, epigráficas, monumentales, evidentes. Pero el padre Mariana refiere en tales términos el hallazgo del cuerpo de aquel apóstol que a las claras se adivina haber habido una grosera suplantacion. «Fué aquel sagrado tesoro (dice) hallado por diligencia de Teodomiro i por volun- tad de Dios en esta manera. Personas de grande auto-

---

(a y) TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire de l'Église*, t. XI, *Saint Gregoire Thaumaturge*, art. I, pag. 656.

ridad i crédito afirmaban que en un bosque cercano se veian i resplandecian muchas veces lumbreras entre las tinieblas de la noche. Recelábase el santo prelado no fuesen trampantojos; mas, con deseo de averiguar la verdad, fué allá en persona, i con sus mismos ojos vió que todo aquel lugar resplandecia con lumbres que se vian por todas partes. Hace desmontar el bosque, i cavando en un monton de tierra, hallaron debajo una casita de mármol, i dentro, el sagrado sepulcro. *Las razones con que se persuadieron ser aquel sepulcro i aquel cuerpo el del sagrado apóstol, no se refieren;* pero no hai duda sino que cosa tan grande no se recibió sin pruebas bastantes» (a x).

De este injenuo relato, hecho por el mas popular historiador de España, se infiere que la credulidad de los cronistas incorporó en la historia de esta nacion un hecho, el hallazgo del cuerpo del apóstol Santiago, cuya constancia nadie estableció jamas. Dar por sentado que una tumba descubierta en el norte de España a los ocho siglos despues de la muerte del apóstol fué la suya cuando la tradicion refiere que él murió en Jerusalem, es una suposicion antojadiza, evidentemente fraguada para justificar la ambicion de los prelados de Compostela. La carencia de los medios de informacion i de comprobacion era en aquellos tiempos tan absoluta que no se puede considerar el hallazgo sino como un simple i grosero fraude piadoso. Si en el mismo siglo hubieran publicado los musulmanes el hecho de que exactamente en las

(a x) MARIANA, *Historia de España*, t. II, lib. VII, cap. X.

CASTILLO, *Defensa de la Venida i Predicacion de Santiago en España*, cap. I, páj. 2 vuelta i 5.

mismas condiciones habian descubierto el cuerpo del profeta Mahoma, no hai la menor duda en que los cristianos habrian calificado de farsa el hallazgo i a los que lo habian hecho, de farsantes.

De igual credulidad da muestras el cronista Sócrate al relatar el hallazgo de la Santa Cruz. Cuenta Sócrate que aquella sacratísima reliquia fué encontrada en Jerusalem por la madre de Constantino; que la cruz de Jesus estaba junta con las de los ladrones; que para reconocerla, Santa Elena hizo que una mujer enferma tocara las tres; que tocadas las dos primeras, la enferma no sintió mejoría alguna; que al tocar la tercera, quedó instantáneamente sana; que la emperatriz dejó en Jerusalem un trozo del sagrado leño guardado en una caja de plata; que envió la otra parte a Constantino; i que el emperador la depositó bajo de su estatua en Constantinopla a fin de hacer invencible a la ciudad ¿Las pruebas de todo esto? El mismo Sócrate las da: dice haberlo sabido de boca de varias personas i agrega que los habitantes de Constantinopla así lo creen. No recuerdo yo si Eusebio, que falleció el año 340 i que de consiguiente fué contemporáneo de aquel monarca, relata la invencion de la Santa Cruz. Tampoco me interesa averiguar qué fundamento histórico tenga esta leyenda. Lo único que me propongo es patentizar la credulidad del historiador eclesiástico que sobre la fe de lo que se decia i se corria en el siglo V prestó crédito a un suceso que se suponía ocurrido mas de cien años ántes (a z).

De estos ejemplos, que fácilmente se podria multipli-

---

(a z) SÓCRATE, *Histoire de l'Église*, liv. I, chap. XVII.

car, se infiere que merced a su ignorancia i a su religiosidad, los cronistas no han menester de pruebas para creer en la realidad de los sucesos así como no necesitan demostraciones para creer en la verdad de los dogmas. Su predisposicion mental les inclina invenciblemente a la credulidad. En condiciones en que como jueces declararían no haberse probado hechos jurídicos del presente, declaran como historiadores estar probados sucesos inverosímiles del pasado. Prestan crédito al testimonio que asevera sucesos religiosos en fuerza de la misma predisposicion que les hace prestar fe a la autoridad que define las creencias

Eginhardo declara con injenuidad que algunas personas que apenas conocia o que no conocia absolutamente le refirieron algunos milagros i que les prestaba crédito porque los que él habia presenciado le habian convencido de la verdad de los que le habian referido (ba).

Que los sucesos discuerden del órden regular de la naturaleza no es razon para negarlos. En relijion, lo sobrenatural es lo natural. Por causa de su ignorancia, los cronistas han carecido de aquel criterio científico que permite apreciar la veracidad de un relato en vista de la intrínseca naturaleza del suceso ántes de toda informacion comprobatoria. Para ellos casi nada era imposible, porque lo que no podia ocurrir naturalmente, podia ocurrir sobrenaturalmente (bb).

---

(b a) EGINHARD, *Histoire de la translation des bienheureux martyrs Saint Marcelline et Saint Pierre*, liv. IV, § 34, pag. 276 des *Oeuvres*.  
HUXLEY, *Science et Religion*, VI.

(b b) De Gregorio de Tours dice Monod: «Un homme pieux, fût-il exalté et visionnaire, sera toujours pour lui un témoin, non-seulement

Una observación que Tylor aplica a los salvajes se puede generalizar aplicándola también a los hombres de las civilizaciones medias; i es que en tanto cuanto ignoran la existencia de las leyes naturales, el milagro no significa para ellos el trastorno de un orden inalterable, ni implica contradicción, ni inverosimilitud, ni imposibilidad. Si nosotros podemos barrer de la historia, ántes de toda investigación, aquellos sucesos que implican violaciones de las leyes naturales, es porque el criterio científico nos enseña hasta donde se extiende el campo de lo posible i por ende no nos deja creer en lo absurdo (*bc*). Pero los hombres de las sociedades atrasadas, que no están armados del mismo criterio, son víctimas inocentes de su propia credulidad.

Ejemplos comprobatorios se podrían citar infinitos. Los palurdos que en la vida ordinaria se muestran más incrédulos i desconfiados, prestan crédito a las consejas más absurdas cuando se las colora de tinte religioso. En seguida, llegan los cronistas, no menos crédulos, i las incorporan en la historia bajo la fe del testimonio de pueblos enteros.

Segun Saavedra Fajardo, el rei Leovijildo como buen arriano mandó matar por católico a su hijo Ermenejildo, i consumado el asesinato, «bajó luego un coro de ánjeles a acompañar el cuerpo i celebrar sus exequias.» Para relatar tan horrendo suceso i tan portentoso milagro, el in-

---

sincère, mais éclairé; la présence de détails miraculeux qui nous mettent en garde contre l'exacitude d'un récit, sera pour lui la preuve de sa vérité.» MONOD, *Sources de l'histoire mérovingienne*, chap. V., pag. 145.

(bc) TYLOR, *Civilisation Primitive*, t. I, chap. X, pag. 426 et 427.

signe cronista se fió en una narracion de Gregorio el Magno, «que vivia en aquella edad i escribió las circunstancias del martirio por relaciones de muchos.» Entre tanto, segun Gregorio de Tours, tambien contemporáneo, Ermenegildo no fué asesinado, sino desterrado por su padre, i segun el abad de Balclara, fué muerto, pero no por Leovijildo, sino por Sisberto. A estos testimonios se agrega el de San Isidoro que escribió con mucha exactitud la historia de aquellos tiempos i que en España goza justamente a lo ménos de tanta autoridad como Gregorio de Tours en Francia: el historiador godo no hizo mencion alguna del suceso (b d). Dados estos antecedentes ¿cómo prestar crédito a la palabra de Gregorio el Magno si no es en fuerza de una propension moral que en caso necesario prescinde de toda prueba?

En la gran batalla de las Navas de Tolosa (1212), hizo la Providencia para vencer a los musulmanes tantos i tantos milagros i prodijios que en realidad no se comprende cómo los españoles pretenden usurpar para sí la gloria de aquella inmortal victoria. Cuando mas aprietos estaban los castellanos, se presentó a guiarles *un pastor que algunos tuvieron por ángel i los mas, por San Isidoro*. En seguida, se les apareció una cruz de varios colores como signo de la próxima victoria; i trabada

---

(b d) SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Góthica*, cap. XIV, páj. 113 i 114.

GRÉGOIRE DE TOURS, *Histoire ecclésiastique des Francs*, liv. VI, chap. XLIII.

MORALES, *Corónica General de España*, t. V, lib. XI, cap. LXVI i LXVII.

CAÑAL, *San Isidoro*, cap. IV i VII.

la batalla, murieron 300,000 moros, i 25 a 30 cristianos. Pero «lo que mas causó admiracion fué que en el campo no se vió rastro alguno de sangre, como en señal de que, nó las heridas de los hombres, sino el brazo oculto de Dios los habia muerto.» En una palabra, dice Mariana, «la verdad es que esta victoria nobilísima i la mas ilustre que hobo en España se alcanzó, nó por fuerzas humanas, sino por la ayuda de Dios i de los santos» (b e).

De dónde sacaron Mariana i Núñez de Castro tantas patrañas no lo recuerdo en este momento: es presumible que les fueran suministradas por el celo relijioso de los arzobispos de Toledo i de Narbona que iban entremezclados en el séquito real i que relataron el triunfo de la cristiandad. Mas, para medir la inconmensurable credulidad de aquellos analistas, basta saber que el jefe de las huestes castellanas fué el rei don Alfonso VIII; que bajo la impresion inmediata de la gran victoria, ántes que el vulgo la desfigurase, este monarca la relató en una larga carta que escribió a Inocencio III, i que en esta narracion no se menciona ninguna, pero absolutamente ninguna de las prodijiosas patrañas que dejo enunciadas.

No mejor comprobada está la aparicion del apóstol Santiago en la batalla de Clavijo. «Entre los muchos i grandes beneficios que ha recibido del apóstol Santiago la nacion española (dice el erudito Masdeu), despues del

---

(b e) NÚÑEZ DE CASTRO, *Corona Ghótica*, t. III, Segunda Parte, páj. 134 i 135.

MARIANA, *Historia de España*, t. III, lib. XI, cap. XXIV.

LAFUENTE, *Historia Jeneral de España*, t. III, lib. II, cap. XII, páj. 369 i 370.

mayor de todos, que fué el de la luz del Evangelio, se tiene por mui memorable el de la aparicion sobre un caballo blanco en la célebre batalla de Clavijo. . . Es cierto que la batalla de Clavijo, aunque ha merecido lugar en nuestro breviario, i particular conmemoracion en el dia 23 de Mayo, *está toda fundada en un diploma de don Ramiro que, como dije en su lugar, no solo es claramente apócrifo pero aun lleno de espresiones insolentes que deshonoran la memoria de nuestros piadosísimos reyes. Pero no por esto debemos dudar de la poderosa beneficencia con que protege Santiago nuestras armas!* (bf)

Esta confiada credulidad de los cronistas ha sido fatal para la veracidad de la historia.

Salvas mui pocas escepciones, puedo decir que la totalidad de las obras históricas escritas hasta los principios de la Edad Moderna se caracteriza por una chocante falta de criterio positivo. Miéntras en las contemporáneas trasciende el escrupuloso empeño con que los autores, estimulados por la duda, comparan narraciones, descifran inscripciones, traducen documentos, exhuman e interrogan ruinas; los cronistas de los pasados siglos relataban como igualmente ciertos los sucesos que conocian por testimonio presencial i los que conocian de oídas o por simple tradicion; raras veces hacian comprobaciones; admitian todos los relatos a fardo cerrado; no siempre distinguian lo posible de lo imposible, i casi nunca lo verosímil de lo inverosímil.

Segun cuenta Heródoto, en una ocasion en que Hi-

---

(bf) MASDEU, *Historia crítica de España*, t. XIII, lib. II, núm. CCXXXVI, páj. 390.

pócrates, padre del tirano Pisistrato, se preparaba a celebrar un sacrificio, las calderas que tenia prontas empezaron de repente a hervir sin que el fuego las tocase. El mismo cronista refiere que en otra ocasion en que Cresos había sido arrojado a una pira, cuando los circunstantes hacian vanos esfuerzos por libertarle del fuego, el infortunado monarca invocó al dios Apolo, i, apénas hubo terminado su súplica, el cielo, que estaba claro i sereno, se cubrió de nubes i despidió una lluvia tan copiosa que apagó en el acto la hoguera (*b g*). Apesar de su injénito escepticismo, el padre de la historia prestaba religioso crédito a estas consejas, i con ellas llenaba una buena parte de su obra.

De anécdotas i sucesos de este jaez, estan repletas las crónicas antiguas i medioevales i no escasean en las modernas. Todos los cronistas de las pasadas edades manifiestan un criterio igualmente infantil i crédulo, mas dispuesto a maravillarse ante lo absurdo que a dudar de su realidad. Cuando uno lee ciertas obras históricas, invenciblemente se inclina a creer que para sus autores los relatos que llegaban a sus oidos merecian tanto mayor crédito quanto mas propios eran para sorprender la imaginacion por lo imposibles. «Fuerza es convenir (dijo Strabon) que la historia antigua de Persia, de la Média i de la Siria no merece fe si atendemos a la suma credulidad i al grande amor a lo maravilloso que distingue a los primeros historiadores de estos pueblos» (*b h*).

---

(b g) HERÓDOTO, *Los Nueve Libros*, t. I, lib. I, § LIX i § LXXXVII.

(b h) STRABON, *Géographie*, t. II, lib. XI, chap. VI, § 2.

Con parecida desconfianza se debe recibir las antiguas crónicas de las demas naciones.

§ 44.—*Valor histórico de los relatos de sucesos sobre-naturales.*—Las observaciones que he venido desarrollando en el curso del presente capítulo proyectan de suyo vivísima luz sobre la veracidad histórica de aquellos relatos que narran prodijios i milagros. Fundado en ellas, el investigador puede fácilmente encontrar los orígenes i el fundamento histórico de la creencia en los trastornos del orden natural.

I. Para estudiar este gravísimo problema con criterio científico, debemos empezar desechando la injuriosa suposición que los imagina invenciones de farsantes (*b i*). Aun cuando en algunos casos particulares se haya comprobado el intento deliberado de mistificación, ello es que, en jeneral, la probidad de los autores paganos, musulmanes i católicos que relatan prodijios i milagros, está a salvo de toda sospecha. Garantía de su sinceridad es el que crean, segun lo demostrado mas arriba, que, ape-

---

(b i) «Tout chroniqueur ou légendaire du Moyen Age (dit Daunou) a vu des choses merveilleuses, ou les a entendu raconter par ses contemporains les plus véridiques qui le certifiaient comme témoins immédiats. On dirait qu'un système générale de miracles et d'enchantements régissait alors le monde; ou plutot l'on s'aperçoit que l'ignorance et l'hypocrisie avaient fait de si énormes progrès qu'une histoire sans fictions n'eût plus été présentable. Là donc n'est question que de prodiges, de visions, d'apparitions et de songes prophétiques.» Daunou, *Cours d'Études historiques*, t. I, liv. I, chap XI, pag. 305.

HUXLEY, *Hume, sa Vie, sa Philosophie*, chap. VII, pag. 190.

FEIJOO, *Milagros supuestos*, § I, páj. 112 i § XI, páj. 120 de sus *Obras escogidas*.

sar de no caber en el orden de la naturaleza, estos trastornos caben en la esfera de lo posible.

Si hubo en los pasados siglos hombre de cuya sinceridad no se pueda negar, ese fué el doctor de la gracia. En todas sus obras rebosan aquella unción, aquel calor, aquella injenuidad que no se finjen i que son prenda de la probidad de la palabra. Pues bien, San Agustín no solo declara terminantemente haber presenciado algunos milagros i haber conocido otros por testimonios fidedignos, sino que se indigna contra aquellos que osaban negar su posibilidad actual i su realidad histórica. Aquellos que sostienen (dice) que todos los milagros son falsos i que en este punto se debe negar crédito a todo historiador que relate algunos, podrian con la misma razon negar que haya dioses que intervienen en los asuntos del mundo. Nadie ignora que es valiéndose de milagros como los dioses han persuadido a los hombres a que les adoren, en términos que, segun lo atestigua la historia de los jentiles, aparecen mas empeñados en hacerse admirar que en ser útiles. Por este motivo, no nos hemos propuesto refutar a los que niegan la existencia de la divinidad o que la creen indiferente a lo que pasa en el mundo, sino a aquellos que dan la preferencia a sus dioses sobre el Dios que fundó la eterna i gloriosa Ciudad.. Si los que adoran varios dioses... no dudan de los milagros que se les atribuyen... ¿por qué rehusan creer en los milagros atestiguados por nuestras escrituras? (b j).

---

(b j) SAN AGUSTÍN, *La Cité de Dieu*, liv. X, chap. XVIII, et liv. XXII, chap. VIII.

Punto ménos veraz i sincero fué Gregorio de Tours. Por ignorancia inculpable, se equivocó muchas veces; por falta de malicia, prestó crédito a muchas patrañas; i cometió muchas injusticias por condescender con sus pasiones de sectario. Pero, en jeneral, la probidad de sus narraciones está reconocida por la escrupulosa crítica de imparciales investigadores. Ahora bien, el santo prelado menciona numerosísimos milagros presenciados por él en persona o aseverados por testigos fidedignos; i hablando de los operados en la tumba de San Martin, uno de sus antecesores en la silla episcopal, declara que no ha podido resignarse a callar los que vió por sus propios ojos o supo por el testimonio de los fieles. En realidad, no escribió sus obras hagiográficas sino con el intento de perpetuar el recuerdo de aquellos estupendos prodigios (b k).

Parecidos relatos de sucesos milagrosos se encuentran en las obras de muchos escritores de los siglos subsiguientes. El verídico Eginhardo relata algunos milagros como testigo de vista, otros como testigo de oídas, i declara que los que presenció le hicieron prestar crédito a los que le refirieron (b l).

Fraí Diego de Yepes, que fué obispo de Tarazona i confesor de Felipe II, garantiza por su parte la verdad de los milagros de Santa Teresa, aun cuando algunos son tan grandes que llega a temer se les tenga por in-

(h k) GRÉGOIRE DE TOURS, *Histoire ecclésiastique des Francs*, t. I, liv. IV, chap. XXXII, liv. V, chap. VI et XXIV, et t. II, liv. VI, chap. VI, chap. VIII et XV, liv. III, des *Miracles*, pag. 337.

(b l) EGINHARD, *Histoire de la translation des bienheureux martyrs Saint Marcellin et Saint Pierre*, liv. IV, § 34, pag. 276 et liv. X, § 94, pag. 340 des *Oeuvres*.

creibles; i el erudito Feijoo, que con admirable criterio demuestra que los mas son o imaginarios o supuestos, declara haber sido testigo presencial de la curacion milagrosa de un niño (b m).

Seria inoficioso multiplicar las citaciones. En términos jenerales, afirmamos que dan testimonio de sucesos prodijiosos muchos de los mas grandes i mas nobles ingenios que la cristiandad venera. En presencia de tan venerandos testigos, mas que temeridad, seria insensatez atribuir los milagros a obra de embaucadores.

II. En segundo lugar, si queremos reunir todos los datos necesarios al estudio de este asunto, debemos advertir que los milagros no son patrimonio esclusivo de relijion alguna.

Que los intereses sectarios de las iglesias cristianas hayan tolerado con íntima complacencia el que se acuse de embaucadores i farsantes a los grandes sacerdotes i a los grandes escritores del paganismo; i que el vulgo de la cristiandad, convencido de la inexistencia de las divinidades de Grecia, Ejipto i Roma, no se pueda explicar los milagros sino atribuyéndolos al fraude; todo eso se comprende. Pero es el hecho que los prodijios del paganismo estan atestiguados por escritores tan fidedignos como los milagros del cristianismo (n).

(b m) YEPES, *Vida, virtudes i milagros de Teresa de Jesus*, t. II, lib. IV, páj. 291 i cap. II, páj. 306.

FEIJOO, *Exámen de Milagros*, páj. 525 de sus *Obras Escogidas*.

(n) «El carácter de la relijion verdadera (dice Feijoo) es estar confirmada con milagros verdaderos, i Dios ha obrado tantos a este fin cuantos bastan a convencer la mas obstinada incredulidad. Los milagros falsos son indiferentes a todas relijiones, o por mejor decir, son mas propios de las falsas; i así, se debieran prohibir como especie de

No recordaré al verídico Flavio Josefo, el cual refiere que entre los signos que presajieron la ruina de Jerusalem, ocurrió uno tan extraordinario que, temeroso de que se lo tuviese por simple fábula, no lo mencionaría si personas que todavía vivían no lo hubieran presenciado. Es el caso que antes de salir el sol, se vieron en el aire carros cargados de jente armada que atravesaban las nubes i se desparramaban al rededor de las ciudades como para sitiárlas (b ñ).

Tácito asevera que cuando escribía sus *Historias* (98 a 108) todavía vivían algunas personas intachables que habían presenciado en Alejandría unas curaciones operadas milagrosamente por el emperador Vespasiano; i Pausanias declara haber conocido sujetos que, por medio de encantamientos, desviaban de sus tierras el granizo (b o).

Después de hablar de algunos prodijios operados en los primeros tiempos de Roma, Dionisio de Halicarnaso observa que, por mas increíbles que ellos parezcan, los romanos les prestaban crédito i varios autores los relataban por estenso. «Sin duda los filósofos ateos (si es que se puede llamar filósofos a esos falsos sabios que hacen motivo de mofa de cuanto dicen los griegos i los bárbaros sobre las apariciones de los dioses), esos filósofos, digo, no dejarán de mofarse también de los prodijios que voi a relatar i de ridiculizarlos como vanas

---

contrabando entre los católicos». FEIJOO, *Milagros supuestos*, § VI, páj. 115 de sus *Obras Escogidas*.

(b ñ) FLAVIO JOSEFO, *Guerre des Juifs contre les Romains*, liv. VI, chap. XXXI, pag. 779 des *Oeuvres complètes*.

(b o) PAUSANIAS, *Voyage Historique*, liv. II, chap. XXXIV, pag. 233. TÁCITO, *Histoires*, liv. IV, chap. VIII.

ficciones del espíritu humano, pues ellos no pueden creer que los dioses intervengan en los asuntos de la tierra. Pero aquellos que han averiguado la verdad mediante la lectura de diferentes historias, aquellos que no niegan que la divina providencia se extiende hasta nosotros i que los dioses son amigos de los buenos i enemigos de los malvados; esos, digo, no juzgarán increíbles los milagros que voi a referir» (b p).

Pero hai mas aun: la realidad de los milagros operados en nombre de las antiguas divinidades está garantida no solo por el testimonio de los autores paganos, sino tambien por el de sus mas ardorosos adversarios cristianos. Por ejemplo, San Agustin, que niega por inverosímiles algunos i explica naturalmente otros, menciona un gran número de cuya efectividad no se podria dudar (dice) sino desdeñando el testimonio de las santas Escrituras. A su juicio, tan ciertos eran los prodijios como los milagros. La única diferencia que habia entre unos i otros consistia en que los trastornos operados en nombre del dios de los cristianos eran mas grandes, esto es, mas absurdos, que los operados en nombre de los dioses paganos (b q).

El historiador Sócrate menciona algunos milagros operados por Speridion, obispo católico de Chipre, i cita en comprobacion el testimonio de algunos fieles de la diócesis; pero el mismo menciona otros prodijios,

(b p) DIONISIO DE HALICARNASO, *Antiquités Romaines*, t. II, liv. II, chap. XVII, pag. 142.

PLUTARCO, *Vies des Hommes illustres*, t. I, pag. 305 sur *Camille*.

(b q) SAN AGUSTIN, *La Cité de Dieu*, t. II, liv. X, chap. XVI, et t. IV, liv. XXI, chap. VI et liv. XXII, chap. VIII et X.

TEKTULIANO, *Apolojia*, cap. XXIII.

igualmente estupendos, hechos por Eutichio, de la secta herética de los novacianos, i cita en comprobacion el testimonio fidedigno de un sacerdote de la misma secta que siendo niño los presenció i, ya anciano, los relató al cronista eclesiástico (b r).

Segun D'Arbois de Jubainville, los primeros cristianos de Irlanda creian que los druidas estaban armados de un poder sobrenatural. En una oracion atribuida a San Patricio, oracion que es una de las piezas mas antiguas de la literatura hagiográfica de aquel pais, el santo misionero ruega a Dios que le proteja contra los encantamientos de los druidas; i en obras posteriores se les atribuyen muchos prodijios juntamente con la facultad taumátúrgica de hacer caer nieve i de cambiar el dia en noche (b s).

Regla jeneral: sin escepcion alguna, los hombres de poca cultura creen en los milagros operados por los taumaturgos de las relijiones estrañas tanto como en los operados por los taumaturgos de la relijion nacional. Solo en las épocas de escepticismo i de luchas relijiosas empiezan las sectas a formular denegaciones recíprocas i aparecen los incrédulos a negar los hechos sobrenaturales. Con igual tono de veracidad refiere la Biblia los prodijios de los sacerdotes ejipticos, los milagros de los profetas i los oráculos de las pitonisas.

Para aquellos que se imaginan que los hebreos fueron siempre monoteistas, dificilmente se puede explicar la creencia mosaica en los milagros de las divinidades estrañas. Pero, en realidad, se confunde el monoteismo

(b r) SÓCRATE, *Histoire de l'Église*, liv. I, chap. XII et XIII.

(b s) D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, *Introduction à l'étude de la Littérature celtique*, liv. II, chap. VIII, pag. 136.

con la monolatría. Si es verdad que los israelitas no adoraban mas que un solo dios, tambien lo es que creian en la existencia de muchos dioses. En una de las dos leyendas que componen el *Pentateuco* (§ 21), a la vuelta de cada página se habla de los *dioses ajenos* bajo el supuesto de que son seres tan reales como *el dios de Israel*. Al dar a su dios un nombre propio, los hebreos dejaban adivinar el propósito de distinguirlo de otros dioses porque todavía no se habian elevado a la altísima concepcion del dios único, universal e innominado. Jehová era el dios de Israel así como Camos era el dios de Moab, así como Marna era el dios de Gaza (*b t*).

Bajo el imperio de semejantes creencias, el historiador no puede negar los prodijios atribuidos a las divinidades extranjeras sin autorizar la duda contra los atribuidos a las divinidades nacionales. Fundada la veracidad de unos i otros en leyendas nacionales i sacerdotales, no hai razon que justifique las negaciones cuando se acepta la posibilidad de la intervencion de los dioses i de la alteracion de las leyes naturales. Por eso vemos a los primeros padres del cristianismo prestar crédito a todas aquellas leyendas paganas que los jentiles mas cultos,

---

(b t) MASPERO, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient*, liv. III, chap. VII, pag. 289.

STADE, *Historia del Pueblo de Israel*, t. III de la *Historia Universal* de Oncken, páj. 46.

RENAN, *Histoire du Peuple d'Israel*, liv. IV, chap. X, pag. 330.

IHERING, *Prehistoria de los Indo-europeos*, § 34, páj. 324.

La Profecía de Jeremías, cap XLIV, § 15 i 17.

La Profecía de Ezequiel, cap. 8, v. 14 i 16.

La Profecía de Jeremías, cap. 2, v. 17.

Segundo libro de los Paralipómenos, cap. 37.

como Pausanias, aceptaban. Lo único que cambiaron fué la máquina: junto con aceptar la realidad de los prodigios, convirtieron en demonios a los dioses para explicar el hecho sobrenatural. En su sentir, los dioses paganos eran demonios, esto es, ángeles caídos que para perder al jénero humano i por un sentimiento de vanidad, habian usurpado los atributos peculiares de las verdaderas divinidades (b u).

Dados estos antecedentes, es claro que no podríamos calificar de invenciones fraudulentas a los prodigios sin aplicar el mismo calificativo a los milagros. Aseverados como se encuentran por testimonios igualmente fidedignos, el investigador imparcial no puede establecer distinciones entre unos i otros sucesos i debe aplicar al estudio de los unos el mismo criterio con que se propone estudiar los otros.

Segun la Biblia, un hebreo que osó tocar el Arca Santa cayó muerto instantáneamente; i segun Gregorio de Tours, a un paje que intentó tomar un racimo de uvas en una parra consagrada a un templo de San Martin, se le secó la mano ántes de lograr su objeto. Saavedra Fajardo comenta el segundo de estos hechos i agrega haber mencionado «frecuentes demostraciones de las iras de Dios contra los desacatos a los templos» (b v). Mas, si estas coincidencias, en caso de ser

(b u) GIBBON, *Histoire de la Décadence de l'Empire Romain*, t. I, chap. XV, pag. 275.

SAN AGUSTIN, *La Cité de Dieu*, liv. X, chap. XII.

TERIULIANO, *Apolojia*, cap. XXIII.

MAURY, *Les Légendes pieuses du Moyen Age*, chap. V, § 3, pag. 333.

(b v) *Libro II de los Reyes*, cap. VI, v. 6 i 7.

GRÉGOIRE DE TOURS, liv. IV, chap. VII, des *Miracles de Saint Martin*, pag. 357. t. II de *l'Histoire ecclésiastique des Francs*.

SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Góthica*, t. II, cap. XIV, páj. 106.

históricas, prueban la intervencion de la ira de Dios, coincidencias enteramente semejantes mencionadas por los escritores paganos deben probar la intervencion de la venganza de los dioses. Por ejemplo, Diodoro de Sicilia refiere que, a consecuencia de la profanacion del templo de Delfos, sobrevinieron instantáneamente violentos temblores i en seguida la desgracia persiguió así a los fautores como a los cómplices del sacrilejio: el uno se precipitó desde una roca, otro fué crucificado, un tercero murió víctima de una enfermedad lenta i dolorosa, etc. (b y).

Segun Gregorio de Tours, en cierto monasterio de Poitiers las lámparas entraban en viva ebullicion cuando se ponía ante ellas un trozo de la Santa Cruz; el mismo historiador agrega que en una ocasion vió desbordarse de una de ellas una cantidad de aceite igual a tres o cuatro veces la cantidad que una hora ántes habia en el vaso. Hé ahí un hecho bien atestiguado; pero igualmente bien atestiguada está la existencia, en un templo consagrado a Vénus, de una lámpara que ardía perpetuamente i jamas se estingua; i si vemos un prodijio en el primer caso ¿por qué no habíamos de ver otro prodijio en el segundo? (b x).

---

(b y) DIODORO DE SICILIA, *Bibliothèque Historique*, liv. XVI, chap. LVI et LXI.

(b x) GRÉGOIRE DE TOURS, liv. I, chap. V, des Miracles, t. II, pag. 311 de *l'Histoire ecclésiastique des Francs*.

«Si nous déclarons qu'il ne faut point croire à la lampe de Vénus, nous infirmons les autres merveilles que nous avons rapportées; et si nous admettons, au contraire, ce récit comme véritable, nous autorisons les divinités du paganisme. Mais, ainsi que je l'ai dit... nous ne sommes pas obligés de croire tout ce que renferme l'histoire profane... Et quant...

Mariana refiere que cuando la traslacion de los restos del obispo Alvito i de San Isidoro, a mediados del siglo XI, «en Sevilla, ántes que saliese el cuerpo i por todo el camino, hizo Dios para honralle muchos milagros... Refieren otrosí que el jumento que traia la caja de San Isidoro, sin que nadie le guiase, tomó el camino de aquella Iglesia del Señor San Juan, i el en que venia el cuerpo del obispo, se enderezó a la Iglesia mayor... Bien veo (agrega el cronista) que esto no concuerda del todo con lo que queda dicho...; pero, pues no referimos cosas nuevas, sino lo que otros testifican, quedará a su cuenta el abonallas i hacer fe dellas... Nuestro oficio no es poner en disputa lo que los antiguos afirmaron, sino relatallo con entera verdad» (b z).

Dados los términos dubitativos de este relato, los lectores mas relijiosos podrian dudar de su veracidad sin incurrir en falta alguna. Por el contrario, Pausanias atestigua asertivamente un prodijio de análoga naturaleza. Dice que, segun los sacerdotes tebanos, cuando se ofrecian sacrificios en dos altares contiguos, a los dos hermanos enemigos, Eteocles i Polinices, sucedia que la llama i el humo de uno i otro, para no confundirse entre sí, tomaban direcciones opuestas. Pausanias declara no

---

ce temple de Vénus, cette lampe qui ne peut s'éteindre, loin de nous embarrasser, nous donnerait beau jeu contre nos adversaires; car nous la rangeons parmi tous les miracles de la magie, tant ceux que les démons opèrent par eux-mêmes que ceux qu'ils font par l'entremise des hommes. Et nous ne saurions nier ces miracles sans aller contre le témoignages de l'Écriture.» Saint Agustin, *La Cité de Dieu*, t. IV, liv. XXI, chap. VI. Véase tambien: t. II, liv. X, chap. XVI et t. IV, liv. XXII, chap. VIII et X.

(b z) MARIANA, *Historia de España*, t. II, lb. IX, cap. III, páj. 447.

haber presenciado el hecho, pero a la vez agrega que prestó fé al relato de los sacerdotes, porque en otra parte habia sido testigo de un prodijio parecido (c a).

En todos los casos enunciados, resalta la equivalencia que hai entre los milagros i los prodijios; pero a la vez se nota que los unos no son rigurosamente semejantes a los otros. Por el contrario, nadie descubrirá diferencia alguna en la manera como las divinidades de las mas opuestas religiones auxilian a sus adoradores en el fragor de las batallas.

Núñez de Castro refiere que cuando la batalla de Simancas, «se vieron en el aire dos caballeros sobre caballos blancos» peleando a favor de los españoles. «Hai (agrega) quien sienta que eran ánjeles», pero «con mas probables conjeturas, dicen otros, fueron el glorioso apóstol Santiago i San Miguel de la Cogulla». En todo caso fuesen ellos santos o ánjeles, «no se puede dudar que fué del cielo la victoria» (c b). Ahora bien, los escritores mahometanos i los paganos mencionan apariciones exactamente iguales de otros personajes celestiales. Segun Michaud, un cronista árabe atribuye a un ánjel vestido de verde la derrota de los francos mandados por Roger, príncipe de Antioquía; otro refiere que cuando Felipe Augusto i Ricardo Corazon de Leon sitiaban la ciudad de Ptolomaïs, penetró en ella una lejion bajada del cielo para socorrer a los mahometanos; i otro cuenta que en el

---

{c a) GROTE, *Histoire de Grèce*, t. I, Première Partie, chap. XIV, pag. 315.

{c b) NÚÑEZ DE CASTRO, *Corona Góthica*, t. II segunda parte, páj. 30.

sitio de Margat, el ejército del sultán vió aparecer los cuatro arcánjeles que los musulmanes acostumbran implorar en los peligros (*c d*).

En la historia de Roma se referían varios hechos de la misma naturaleza. El segundo año de la 71.<sup>a</sup> olimpiada, por ejemplo, bajo el consulado de Aulus Postumius i de Titus Virginius se libró entre los romanos i los latinos una gran batalla que estuvo largo tiempo indecisa. En estas circunstancias un refuerzo de potencias divinas decidió la contienda. En efecto, según la tradición, "en esta batalla se aparecieron al dictador Postumius i a sus tropas dos caballeros de singular belleza, de porte mas que ordinario i en la flor de su juventud; se colocaron delante de la caballería romana, i dieron de lanzazos i pusieron en fuga a todos los latinos que pretendían hacerles frente. Se agrega también que después de la derrota de los latinos, los mismos caballeros se aparecieron en la plaza pública de Roma, dieron la nueva de la victoria i en seguida se aiejaron i desaparecieron. Cuando al día siguiente los magistrados recibieron cartas del dictador en las que les daba noticia de la aparición de estas divinidades, ellos pensaron fundadamente que eran las mismas que se habían visto en Roma i que éstas no podían ser sino Castor i Polux. Hai en Roma varios monumentos de esta aparición admirable; entre ellos existe un templo i anualmente se celebran magníficos sacrificios en recuerdo de ella ..... Se puede juzgar por esto cuánta era la piedad de los hombres de aquellos

---

(c d) MICHAUD, *Histoire des Croisades*, t. IV, liv. XXI, chap. III, pag. 116.

felices tiempos i tambien cuánto les amaban los dioses» (c e).

Pero de entre las grandes apariciones militares, ninguna ha llegado hasta nosotros mejor atestiguada que la de Ammon, dios de los ejiptos.

Hacia el siglo XV, ántes de nuestra Era, Ramses II, llamado Sesóstris por los griegos, emprendió una expedicion contra los Khetas i sus aliados. Al efecto, atravesó la Palestina, que estaba todavía sojuzgada, i adelantándose al ejército penetró imprudentemente en las montañas del occidente de Gunesa hasta un lugar llamado Qadesch. De repente salieron los enemigos de una emboscada i rodearon al faraon i a su escolta. Los arqueros i los carros que iban encargados de resguardar la persona del monarca huyeron despavoridos o fueron rápidamente victimados, i entónces él se encontró sitiado i amagado por 2,500 carros enemigos. Siendo la fuga imposible i afrentosa la rendicion, Sesóstris fió su salvacion a su solo empuje i en las veces que arremetió contra los enemigos, dejó gran número fuera de combate. Pero ellos le estrechaban mas i mas, i por último, le abrumaron con su número de tal manera que le redujeron a la impotencia. Entónces, él invocó al gran dios Ammon. «Héme aquí, le dijo, rodeado de enemigos i abandonado de mis propios soldados. Oh, padre miol abando-

---

(c e) DIONISIO DE HALICARNASO, *Antiquités Romaines*, t. IV, liv. VI, chap. II, pág. 28 á 30.

Pausanias refiere que en su tiempo los mesenios estaban ciertos de que Aristodemo, muerto 500 años ántes de la batalla de Leuctra, se habia aparecido en ella i habia combatido en favor de los tebanos i dádoles la victoria contra los lacedemonios. *Voyage Historique*, liv. IV, chap. XXXII, pag. 396.

ñarás también tú a tu hijo?» En el acto, se le apareció el dios invocado, le reconfortó, i le prometió auxiliarse i salvarle del peligro. Esta intervencion de Ammon se recuerda, junto con la hazaña de Ramses, en varios monumentos contemporáneos i en un poema escrito dos años despues de la batalla por un poeta que se encontró en ella (c f).

III. La tercera i última observacion que debo hacer indispensablemente para determinar en seguida el valor histórico del milagro, es que ningun escritor fidedigno, cuyas obras hayan llegado a nosotros limpias de interpolaciones, declara haber presenciado i ménos aun haber realizado algun prodijio que no se pueda explicar ora mediante las artes del hombre, ora mediante la accion de la naturaleza, ora como efecto de simples alucinaciones. Las encarnaciones de dioses, las pláticas boca a boca de la divinidad con los lejisladores, las detenciones del sol en el espacio, la separacion de las aguas ante una muchedumbre prófuga, etc., etc., son prodijios que los hombres de cada siglo han relegado a los siglos mas antiguos o que los de cada país han supuesto realizados en los países mas lejanos. A los autores fidedignos de cada época no les ha tocado jamas en suerte presenciar mas que curaciones instantáneas, espulsiones de demonios, lluvias ocasionadas por las rogativas despues de prolongadas sequías i otros milagros de mínima importancia.

Saavedra Fajardo observa que en los primeros siglos

---

(c f) MASPERO, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient classique*, t. I, chap. IV, pag. 396.

LENGRMANT, *Histoire ancienne de l'Orient*, t. II, liv. I, chap. IV, § 5, pag. 253 à 257.

del cristianismo, no se cometía desacato contra las iglesias o sus sacerdotes que no atrajese las iras de Dios sobre las cabezas de los sacrílegos; pero en el siglo XVII (agrega) apesar de que las profanaciones i sacrilejos eran mucho mayores, apénas se veian demostraciones de la venganza divina; «señal evidente de que o no espera la enmienda o no le merecemos el castigo temporal» (c g).

Segun mis recuerdos, Eusebio de Cesárea, muerto el año de 340, no menciona milagros operados en su presencia; pero al mencionar algunos de los operados en épocas anteriores, observa que *todavía en el siglo II se solía conferir la gracia de operarlos a personas dignas de recibirla*. Al siglo siguiente, se preguntaba por qué ya los cristianos no hacian milagros, i San Agustín contestaba que todavía se hacian algunos, siquiera no fuesen éstos tan grandes como los antiguos.

Así mismo, en el siglo VI, San Gregorio atestiguaba que ya no se hacian milagros con tanta frecuencia como en los principios de la enseñanza evangélica porque ya no habia tanta necesidad de ellos, bastando las buenas obras.

Por último, San Irineo (del siglo II) asevera que los apóstoles fueron dotados del don de lenguas, pero a la vez confiesa que por su parte tropezó con muchas dificultades para predicar el Evangelio en las Galias porque ignoraba el idioma indijena (c h).

(c g) SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Góthica*, t. II, cap. XIV, páj. 106.

(c h) EUSEBIO, *Histoire de l'Église*, liv. V, chap. VII.

SAN AGUSTÍN, *La Cité de Dieu*, t. IV, liv. XXII, chap. VIII.

GIBBON, *Histoire de la Décadence de l'Empire Romain*, t. I, chap. XV, pag. 283.

FEIJOO. *Milagros supuestos*, páj. 121 de sus *Obras Escogidas*.

Basta de citas. Quien tenga a mano una biblioteca de autores eclesiásticos podrá comprobar por sí mismo que los de cada siglo han atribuido las grandes facultades taumaturgicas a los mas antiguos o a los de paises lejanos. De aquí procede que en las hagiografias de San Jerónimo, de San Agustin, de San Ildefonso, de San Irineo, de San Isidoro, de San Bernardo, etc., se adjudican a estos santos copias innumerables de absurdos prodijios miéntras que las obras firmadas por ellos mismos no recuerdan milagro alguno operado mediante su propia intercesion; a lo mas refieren tal o cual suceso que por causa de su ignorancia de las leyes naturales vieron coloreado con los tintes de lo prodijioso (c i).

Las mismas observaciones se aplican a los autores paganos. Cuando ellos leian en la historia de los siglos mas antiguos tantos i tan estupendos prodijios, no se predisponian a dudar de la realidad de aquellos trastornos, sino que se lamentaban del abandono en que los dioses habian dejado posteriormente a los hombres.

Pausanias refiere que Lykaon fué trasformado en lobo en castigo de haber sacrificado un hijo a la divinidad i en seguida agrega: "Yo estoi convencido de la verdad de esta leyenda, pues ella ha sido repetida por los arcaicos de los tiempos antiguos i no encierra nada contra la verosimilitud. En efecto, los hombres de aquella época, merced a su justicia i a su piedad, eran huéspedes i comensales de los dioses, los cuales de una manera palpable les manifestaban su aprobacion si eran buenos i su cólera si se conducian mal. Hubo en aquel entonces

---

(c i) GIBBON, *Histoire de la Décadence de l'Empire Romain*, t. I, chap. XV, pag. 285.

personas que despues de haber sido hombres, se transformaron en dioses..... Mas, en mi tiempo la maldad ha aumentado de tal manera que habiéndose difundido por toda la tierra..... ya no hai ejemplos de hombres elevados a la categoría de dioses si no es en los casos de vanas apoteosis inventadas por la adulacion. Ademas, la cólera de los dioses se muestra ahora remisa para castigar a los malvados i prefiere aguardarlos hasta que parten de esta vida» (c j).

IV. De estas observaciones se infiere que para formular la teoría positiva de los milagros, debemos distinguir entre ellos dos clases del todo diferentes. Hai unos, los mas grandes, los mas estupendos, los mas absurdos, los mas inesplicables cuya realidad histórica no está garantizada por ningun testimonio fidedigno. Cuando no son simples invenciones de la fantasía de los poetas o de los sacerdotes, se deben tener sucesos esencialmente tradicionales o legendarios, cuyo valor histórico se debe determinar al determinar el valor histórico de las tradiciones, de los mitos i de las leyendas. En el presente capítulo, nos concretaremos a estudiar i esplicar aquellos prodijios que estando aseverados por testimonios presenciales, han sido incorporados por los analistas en las narraciones de sucesos contemporáneos (c l).

---

(c j) PAUSANIAS, *Voyage Historique*, t. II, liv. VIII, chap. II, pag. 136.

(c l) «Les prodiges que nous trouvons rapportés dans les ouvrages des Grecs et des Latins peuvent être, ce me semble, rangés sous deux classes: dans la première je comprends ces miracles du paganisme que l'on ne peut expliquer sans recourir à une cause surnaturelle, c'est-à-dire, sans supposer que Dieu a bien voulu faire des miracles pour le compte du Diable, et par consequent employer pour confirmer les hommes dans l'erreur les mêmes moyens dont il s'était servis pour

Por lo que toca a los prodigios fidedignamente atestiguados, tampoco se los debe confundir en una sola agrupacion como si todos fuesen de una misma naturaleza. Gracias al conocimiento mas perfecto de los fenómenos físicos que ahora tenemos, podemos distinguir entre ellos algunos que se esplican satisfactoriamente como simples efectos de leyes naturales. La inestinguibilidad de la lámpara de Vénus, que tanto pasmó a los antiguos, es para nosotros manifiesto indicio de la existencia de una vena subterránea de petróleo.

«Debajo del nombre de filosofía experimental (enseña Feijoo) se debe entender comprendida para este discernimiento una grande i mui estendida noticia de la historia natural, sin la cual muchos efectos naturales fácilmente se aprenderan como milagrosos. El que ignora que el lino del amianto es incombustible aceptará de un embustero un trapo hecho de esa materia, viéndole respetado del fuego, como trozo de la túnica de algun gran siervo de Dios. El que ignora que hai causas naturales que preservan tal vez de corrupcion los cadáveres tendrá por milagrosa i por indicio fijo de santidad la incorrupcion de cualquier cadáver. El que ignora la operacion química con que de dos licores frios mezclados se

---

établir la vérité; supposition qui ne peut se faire..... Les prodiges de cette espèce ne méritent donc guères de croyance.

«Les prodiges de la seconde classe sont des effets purement naturels, mais qui arrivent moins fréquemment et paroissant contraires au cours ordinaire de la Nature, ont été attribués à une cause surnaturelle par la superstition des hommes effrayés à la vue de ces objets inconnus. Freret, *Reflexions sur les Prodiges rapportés dans les Anciens*, t. IV de *Mémoires de Littérature* de l'Academie Royale des Inscriptions, Paris, 1746, pag. 411 et 412.

suscita una viva llama, al momento creará al que dijere que esto lo hace por milagro si al mismo tiempo invoca la intercesion de algun santo.» (c ll)

Cerca de Acharaca, burgo a donde se llegaba yendo de Magnesia, por Tralles, ántes de Nysa, habia un antro sagrado al cual acudian los enfermos en busca de salud. El que penetraba allí sin la debida iniciacion moria en el acto. En una fiesta que se celebraba anualmente se echaba un toro al interior i apénas daba el animal algunos pasos hácia adentro cuando caia muerto (c m). Se-mejante fenómeno no tuvo para los antiguos esplicacion positiva medianamente satisfactoria. Los mismos sacerdotes que lo esplotaban en su provecho no pudieron atribuir la muerte de los sacrílegos a otra causa que a la profanacion del antro sagrado. Mas, para nosotros, el terrífico prodijio ha dejado de ser una manifestacion de la ira divina i se ha convertido en un fenómeno físico del órden natural. En todas partes del globo hai grutas i cavernas que sin estar consagradas a las divinidades iracundas, tienen las mismas propiedades mortíferas. Las exhalaciones terráqueas de gases deletéreos esplican el prodijio i lo despojan de su carácter sobrenatural.

Livingstone habla de ciertas rocas que encontró en sus viajes a traves de África, rocas que cuando se calientan mucho bajo los rayos quemantes del sol de aquel continente, estallan con grandes detonaciones al enfriarse bruscamente en la noche. Los indíjenas atribuian las detonaciones a los espíritus diabólicos; pero nosotros

---

(c ll) FEIJOO, *Exámen de Milagros* páj. 526 de sus *Obras Escogidas*.

(c m) STRABON, *Géographie*, t. III, liv. XIV, chap. I, § 44.

sabemos que todo es obra de que la masa pétreo no se contrae por igual en todas sus partes (c n).

En los siglos pasados se han considerado tambien como prodijios los eclipses, los cometas, los meteoros, los terremotos i en jeneral todos aquellos fenómenos físicos que parecen ocurrir con irregularidad i alterar el órden normal de la naturaleza. Para los cronistas, sin distinguir los paganos i los cristianos, estos fenómenos eran manifestaciones estraordinarias de la voluntad divina; i el analista daba prueba de inescusable ignorancia o de punible irreligiosidad si no los relacionaba con los sucesos pasados o con los futuros. Segun lo demostré en el precedente capítulo, casi todas las obras históricas escritas ántes de la Edad Moderna han considerado aquellos fenómenos como signos i advertencias o como castigos i manifestaciones de la ira divina (§ 31).

Michaud observa que para los cronistas de las Cruzadas, todo era milagro; todo, prodijio, por manera que cuando se leen sus obras, uno se inclina a creer que los soldados de la cruz vivieron en un mundo diferente del nuestro i que las leyes de la naturaleza solo rejian para los infieles (c n).

Pues bien, la ciencia ha despojado a todos estos fenómenos del carácter sobrenatural con que la supersticion i la ignorancia los habian revestido i ha demostrado que no tienen nada de anormales aun cuando se efectúan con aparente irregularidad. Se sabe ahora que a cada 223 lunas, o sea cada 18 años i 11 días se repiten aproxima-

---

(c n) SPENCER, *Principes de Sociologie*, t. I, § 118.

(cñ) MICHAUD, *Histoire des Croisades*, t. IV, liv. XXII, chap. XXII, pag. 334.

damente los mismos eclipses de este planeta; que los cometas viven aprisionados en órbitas infranqueables i condenados a visitarnos periódicamente; que los aereolitos son corpúsculos del espacio interplanetario que penetran en la atmósfera de la tierra; i que los terremotos se efectúan por obra de las fuerzas físicas con absoluta prescindencia de la humana conducta.

A todos estos prodijios se puede aplicar la sagaz observacion de San Agustin, a saber, que propiamente no son ellos contrarios a la naturaleza, sino contrarios a la nocion que los antiguos tenian de la naturaleza (*c o*). La jermiacion de las semillas, el crecimiento de las plantas, la fecundacion de las hembras, el instinto animal, el pensamiento humano, no son por naturaleza fenómenos ménos prodijiosos o ménos sorprendentes que un eclipse, que un terremoto o que el aparecimiento de un cometa. Sin embargo, siempre fueron considerados los primeros como fenómenos naturales, i los segundos como sobrenaturales. Por qué esta diferencia? Simplemente porque aquéllos son ordinarios i éstos, extraordinarios (*c p*).

V. A la misma categoría de sucesos prodijiosos para la ignorancia, perfectamente esplicables para la ciencia, pertenecen las curaciones instantáneas i otros fenómenos auto-sujestivos (*c q*).

(*c o*) SAN AGUSTIN, *La Cité de Dieu*, t. IV, liv. XXI, chap VIII. HUXLEY, *Hume, sa vie, sa Philosophie*, chap. VII, pag. 190.

(*c p*) «Je persiste à croire (dit Renan) que pour les époques et les pays qui ne sont pas tout à fait mythologiques, le merveilleux est moins souvent une pure création de l'esprit humain qu'une manière fantastique de se représenter des faits réels» Renan, *Études d'histoire religieuse*, pag. 163.

(*c q*) BORDIER, *La Vie de Sociétés*, chap. X, pag. 97.

MAURY, *Les Légendes pieuses du Moyen Age*, chap. V, §4, pag. 343. et. 362.

«Es cosa mui ordinaria (observa Feijoo) atribuirse a milagro los que

Sea que ellas se hayan operado por virtud de alguna reliquia sagrada, o por obra de algun varon santo, el vulgo no ha sabido jamas esplicárselas naturalmente.

Cuando veia que enfermos desahuciados por una medicina impotente se curaban al simple contacto de una cosa o de una persona, no podia prescindir de atribuir a la una i a la otra una virtud taumatúrgica para hacer en un minuto lo que naturalmente no se habia podido hacer en largos años de experimentos terapéuticos. Son las curaciones instantáneas los hechos que mas poderosamente han contribuido a sostener la creencia en los milagros i a dotar a ciertos hombres de un poder sobrenatural.

En nuestros dias, la ciencia ha esplicado satisfactoriamente la posibilidad, la realidad i la razon de las curaciones instantáneas. Segun lo demostró Charcot en una de su últimas producciones, muchas enfermedades nerviosas, que resisten a los mas enérgicos tratamientos de la medicina i de la hijiene, suelen ceder ante la accion de un influjo puramente sugestivo.

Es mui presumible, por esto, que algunas de las curaciones atribuidas a virtud sobrenatural de Jesus i de Santa Teresa (c r), sean hechos perfectamente positivos

---

son efectos de la naturaleza. Esto especialmente es frecuentísimo en curas de enfermedades. Lisonjean no tanto su devocion, como su vanidad muchos enfermos, queriendo persuadir que deben la mejoría a especial cuidado del cielo, i no al comun i regular influjo... Talvez los médicos contribuyen a estas ficciones cuando recobran la salud aquellos enfermos a quienes ellos abandonaron por deplorados, atribuyendo la mejoría a milagro porque no se conozca su impericia en el yerro del pronóstico." FELIJO. *Milagros supuestos*, páj. 118 de sus *Obras Escogidas*.

(c r) YEPES. *Vida, Virtudes i Milagros de la bienaventurada Virgen Teresa de Jesus*, t. II, lib. IV, cap. I, páj. 292 i siguientes.

porque si ellos no pudieron operarlas por obra de una potencia taumatúrgica, lo pudieron por obra de sujecion personal.

En casos de esta naturaleza, observa cuerdamente Strauss, no son las personas ni las reliquias sagradas las que estan dotadas de la virtud de curar a los enfermos; es la fé. Que el enfermo tenga fé en las reliquias o en la persona de un santo surte el mismo efecto que si la tiene en las reliquias i en la persona de un malandrin (*c s*).

Gregorio de Tours refiere que en una ocasion se quitó de los ojos un dolor agudo aplicándose un unguento sagrado, i que en otra vió a un presbítero curar a un poseido pronunciando una sola palabra. Curaciones igualmente maravillosas atestigua San Agustin (*c t*).

Para explicarlas de alguna manera, los cronistas católicos se han visto precisados, por su carencia de conocimientos científicos, a considerarlas como obras de potencias sobrenaturales. Cuanto mas impotente se ha mostrado la medicina i cuanto mas instantáneas han sido las curaciones, tanto mas se han inclinado a darles el carácter de sucesos sobrenaturales.

Pero es el caso que curaciones no ménos maravillosas se han operado mediante la intervencion de herejes estigmatizados por la iglesia, o por obra de potencias absolutamente imaginarias, o en virtud de conjuros reconocidamente anodinos.

(c s) STRAUSS, *Nouvelle vie de Jésus*, t. I, § 42, pag. 350, et t. II, § 75, pag. 186.

(c t) SAN AGUSTIN, *La Cité de Dieu*, t. IV, liv. XXII, chap. VIII.

GRÉGOIRE DE TOURS, *Histoire ecclésiastique des Francs*, t. I, liv. IV, chap. XXXII et, t. II livre premier des *Miracles*, chap. LI, pag. 317, et chap. XCVIII, C et C I de la *Gloire des martyrs*, pag. 326.

En la segunda mitad del siglo XVII, aparece el fundador de la secta de los cuáqueros gloriándose de que mediante sus oraciones, la divinidad sanaba milagrosamente a los enfermos i citando en comprobacion curaciones instantáneas operadas ante grandes muchedumbres (c u).

Segun cierto historiador citado por Wallace, jamas existió persona a quien se atribuyera mayor número de curaciones milagrosas que al famoso jansenista Pâris. Hombres de reconocida probidad i crédito atestiguan que el abate Pâris daba vista a los ciegos, oído a los sordos i a los paralíticos movimiento. Una niña de familia principal que a virtud de la accion corrosiva de un cáncer fetidísimo habia perdido el seno izquierdo sanó perfectamente despues de la primera visita a la tumba del abad hasta el punto de habérsele reconstituido íntegra la mama que los microbios habian corroido (c v).

Por último, es sabido que durante largos siglos se reconoció a los mas depravados reyes de Francia la virtud de curar ciertas enfermedades con la simple aposicion de las manos, i que se escribieron obras de aliento en defensa de la real i divina prerrogativa (c y).

Análogas curaciones se atribuian en la antigüedad a personajes paganos. De Pirrho se contaba que sanaba a los enfermos haciéndolos acostarse de espaldas, i tocán-

---

(c u) HUXLEY, *Science et Religion*, VI, pag. 200.

MAURY, *Les Légendes pieuses du Moyen Age*, chap. V, § 4, pag. 363.

(c v) WALLACE, *Les miracles et le Moderne Spiritualisme*, pag. 19 á 23.

(c y) MAURY, *Les Légendes pieuses du Moyen Age*, chap. V, § 4, pag. 363, note 5. Comines, *Mémoires*, t. I, liv. VI, chap. VI, pag. 379.

dolos suavemente con el dedo grande del pié derecho (c x).

Cuando Vespasiano se encontraba en Alejandría esperando vientos favorables, se le presentaron en una ocasion dos inválidos: uno que estaba privado de la vista i otro que tenia una mano seca. Pidióle el primero que le humedeciera los ojos con saliva, i el segundo que le pisara la mano. Despues de resistirse el emperador a tan ridículas exigencias, consintió en hacer lo uno i lo otro, porque los médicos le observaron que acaso los dioses le habian elejido como instrumento de su poder. Apénas Vespasiano hizo lo que se le pedia ante una multitud suspensa, el paralítico recobró el movimiento de su mano, i el ciego vió de nuevo la luz. Tácito asevera que en su tiempo todavía quedaban algunas personas fidedignas que habian presenciado estos prodijios (c z).

En la antigüedad, cada una de las naciones paganas tenia un dios imaginario a quien los enfermos pedian la salud, a las veces con buen suceso. Por ejemplo, en Éli-da, los enfermos imploraban a Theágenes en demanda de salud i le adoraban como dios porque solia curarles de sus enfermedades; i en Canope, a 125 estadios de Alejandría, Serapis era famoso por las sorprendentes curaciones que a veces operaba.

Segun Babelon, los atacados de enfermedades nerviosas eran sanados en Asiria por medio de hechizos, conjuros i exorcismos; i Strabon refiere que en Acharaca,

---

(c x) PLUTARCO, *Vies des Hommes Illustres*, t. II, pág. 244.

(c z) TÁCITO, *Histoires*, liv. IV, chap. LXXXI.

Suetonio refiere los mismos milagros, *Vida de los Doce Césares*, cap. VII de *Tito Flavio Vespasiano*, páj. 373.

burgo situado en el camino de Tralles a Nysa, había un santuario que era un verdadero sanatorium como el de Lourdes. Cerca de una gruta que allí existía, se había dedicado un templo a Coré i a Pluton; los sacerdotes habían establecido verdaderas casas de pensionistas para explotar la credulidad, i por su intermedio, los enfermos alcanzaban la salud de ámbas divinidades (*d a*).

En todos estos casos, i en todos los casos análogos, evidentemente no ha habido milagro ni cosa parecida. Solo ha habido coincidencias entre la oracion i la curacion, coincidencias que los ignorantes aprovechan para atribuir a las divinidades los efectos terapéuticos de la naturaleza. El erudito frai Jerónimo Feijoo refiere que en la diócesis de Santiago, cerca de Pontevedra, había una imájen de san Benito, a la cual las jentes del lugar colgaban muchos milagros, porque «cuanto les sucede bien (dice) despues de implorar por aquel órgano el auxilio divino, lo atribuyen a la intercesion del santo, como si sin ella i por mero influjo de las causas naturales, no se pudiese convalecer de muchas enfermedades, lograr partos felices, conseguir el fin deseado en las negociaciones, etc.» (*d b*). Lo mismo se aplica a todas las curaciones.

VI. Una vez eliminados aquellos hechos que la ignorancia había revestido de carácter sobrenatural i que la ciencia puede ya explicar, quedan algunos que por ser

(d a) PAUSANIAS, *Voyage Historique*, t. II, liv. VI, chap. XI, pag. 28.

(d b) FEIJOO. *Exámen de milagros*, páj. 525 de sus *Obras Escogidas*. STRABON, *Géographie*, t. III, liv. XVII, chap. I, § 17.

LENORMANT ET BABELON, *Histoire ancienne de l'Orient*, t. IV, liv. VI, chap. I, § 2, pag. 36, et chap. II, § 5, pag. 202.—STRABON, *Géographie* t. III, liv. XIV, chap. I, § 44.

contrarios al curso normal de la naturaleza, carecen de verosimilitud i que por estar fidedignamente atestigüados, se imponen a la atención del historiador. A esta clase de hechos pertenecen en primer lugar las alucinaciones (*d e*).

En la *Epístola II a los Corintios*, San Pablo refiere que catorce años ántes habia sido arrebatado de la tierra, aun cuando ignora si lo fué en el cuerpo o fuera del cuerpo, i tampoco sabe con exactitud adónde fué llevado, pues primero dice que hácia el tercer cielo, i en seguida, que hácia el Paraiso. La absoluta inverosimilitud de un suceso tan portentoso i la vaga indeterminación de sus detalles no se concilian con la veracidad del grande apóstol i con su prolongado silencio sino suponiendo una alucinación, fenómeno no raro en las personas de cuerpos debilitados por el ayuno i escitados por el fervor relijioso.

Segun Tylor, cuando la profetisa Ojibwa contaba la historia de su juventud, referia que a la edad de la pubertad solia ayunar en su choza solitaria hasta que conseguia ser trasportada a los cielos i agregaba que en alguna ocasion habia visto al Grande Espíritu a la entrada del brillante cielo azul (*d c*). No habiendo motivo alguno para dudar de la veracidad de la profetisa, debemos creer en la sinceridad de su palabra tanto como en la de San Pablo. I si no podemos prestar al uno mas fé que al otro ¿de qué otra manera esplicaremos estas as-

---

(d e) TYLOR, *Civilisation Primitive*, t. II, chap. XVIII, pag. 529.

(d c) MAURY, *Les Légendes pieuses du Moyen Age*, chap. V, § 4, pag. 346 à 351.

censiones que cada uno sintió i que nadie mas vió sino es teniéndolas por efectos de enfermizas alucinaciones?

Es igualmente mui presumible que algunas de las apariciones que segun los Evangelios hizo Jesus despues de su muerte, ya que no pueden ser hechos históricos, sean hechos psicológicos. El hecho de que en todos los casos Jesus se presentara en la penumbra del crepúsculo i que no fuese reconocido en los primeros momentos da a dichas apariciones los caractéres de los sueños, o mejor de alucinaciones provocadas por el estado de sobrexitación en que los discípulos del Mesías quedaron. Strauss, que hace esta observacion, observa tambien que los casos de alucinaciones de esta naturaleza no son raros en la historia. Cuando el duque Ulrich de Würtemberg fué desterrado de sus dominios por los austriacos, el pueblo, que lo adoraba, hizo de él un personaje fantástico; se propagó la especie de que las piedras i las bestias habian hablado de él, i no faltaron personas que aseguraron haberle visto en lugares donde era casi imposible que hubiera estado (*d f*).

A la categoría de las alucinaciones pertenecen, cuando no son fenómenos patológicos o farsas inventadas con miras de lucro o de predominio, las apariciones de ánimas, de duendes, de demonios, de santos, de ánjeles i de dioses. Exhaustos por la abstinencia i exitados por el fanatismo, los hombres ven seres sobrenaturales, platican con la divinidad, viajan de un pais a otro, i ascienden de la tierra al cielo. Esta es indudablemente la esplicacion de las visiones, de las revelaciones i de los

---

(d f) STRAUSS, *Nouvelle vie de Jésus*, t. I, § 49, pag. 407.

arrobamientos que de continuo tenia Teresa de Jesus (*d g*).

Por su absurda naturaleza, estas apariciones se deben considerar como creencias ántes que como hechos porque son fenómenos patológicos sin realidad esterna cuyo estudio corresponde a la psicología mas bien que a la historia. En la obra de Lenglet Dufresnoy se recuerda el caso de una mujer enferma de cataratas que un dia, cuando iba sanando, se creyó endemoniada porque de repente se vió acosada de moscas enormes, de ranas i de otros animales. Como quiera que ella veia los insectos i los batraquios tan claramente como sus propias manos, no se habria podido convencerla de su inexistencia si un médico que la asistia no hubiese explicado de una manera científica el fenómeno óptico (*d h*).

Por de contado, no siempre se pueden explicar de análoga manera las apariciones. La mayor parte de las veces no hai trastorno visual que las explique, sino que la imaginacion sobrexitada las da vida suplantando a la realidad (*d i*). Pocas personas se contarán que al despertar de noche, por causa de un leve ruido, no hayan sufrido alucinaciones parecidas, viendo claramente ante sí alguna persona que se desvanece en el acto de encender luz. Cuando las almas relijiosas sin instruccion científica

(d g) YEPES, *Vida, Virtudes i Milagros de Teresa de Jesus*, t. II, páj. 280, 281 i 290. «Tuvo arrobamientos tan grandes (Santa Teresa) que la levantaban del suelo.»

(d h) LENGLET DUFRESNOY, *Recueil de dissertations sur les apparitions, les visions et les songes*, t. II, partie I, § XXIX, pag. 18 et § XXXIV, pag. 130.

(d i) LENGLET DUFRESNOY, *Recueil de dissertations, etc.*, t. II, Partie I, § XXXIV, pag. 130 et Partie II, § I, pag. 5.

se encuentran debilitadas por el ayuno, exitadas por el fervor e inclinadas a lo maravilloso por su credulidad, ven aparecerse ante ellas todo linaje de seres estraterrenos como si vinieran despertando de profundo sueño.

Hecho digno de nota es que a los autores que han creído en la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza, jamás les ha tocado la suerte de presenciar prodigios que impliquen un positivo trastorno del orden natural. Los milagros realmente inexplicables solo han existido para aquellas personas que creían en ellos. Al que cree en ánimas, ánimas se le aparecen todas las noches; el que cree en brujos, brujos ve en todas partes; creer en los demonios i sentirse acosado por ellos es todo uno, i cuando se creía en Júpiter, en Marte, en Jehová i en Vénus, estos grandes dioses se aparecían de continuo a los grandes lejisladores i a los grandes sacerdotes.

VII. Explicados unos hechos como efectos de causas naturales i otros como productos subjetivos de meras alucinaciones, quedan aun algunos que forman parte de la historia porque estan plenamente atestiguados, pero que hasta hoi carecen de explicacion natural porque solamente en los últimos años se los ha hecho objeto de estudios científicos.

De las investigaciones hechas en nuestros días por sabios distinguidísimos, habituados a la observacion experimental, se infiere que apesar del pasmoso desarrollo de las ciencias naturales, el hombre no ha llegado todavía al grado de poder trazar con fijeza la línea de lo posible i de lo imposible.

Cuando sabios de la altura de Edmonds, presidente de la Corte Suprema de Nueva York; Crookes, miem-

bro de la Sociedad Real de Lóndres, químico que descubrió el thallium; Goldschmidt, astrónomo que ha descubierto 14 planetas; Wallace, el eminente naturalista émulo de Darwin, etc., etc., cuando sabios tales, despues de esperimentos proseguidos durante largos años, certifican que hombres dotados de particular naturaleza pueden privar accidentalmente al fuego de su propiedad de quemar, pueden aumentar i disminuir el peso de las cosas materiales sin tocarlas, pueden hacerse mas livianos que el aire i ascender a la manera de los globos, pueden curar muchas enfermedades, descubrir muchas cosas secretas, anunciar muchos sucesos futuros, el investigador mas escrupuloso tiene que convenir en que la naturaleza es todavía mui poco conocida i que no estralimitan la esfera de lo posible muchos de los sucesos mas prodijiosos que los antiguos cronistas relatan (d j).

§ 45.—*Valor histórico de la crónica.* Estudiados los vicios inherentes al testimonio de los contemporáneos, queda allanada la tarea para determinar el valor histórico de la crónica.

I. Hasta los últimos tiempos, se habia creido que las crónicas, relaciones escritas con datos de testigos presenciales, suministraban el exacto conocimiento del pasado i no podian ser razonablemente impugnadas por aquellos que despues de algunos siglos acometian el estudio de la misma época.

Se convenia en que para formar la historia definitiva, se necesitaba esplotar nuevas fuentes de informacion, en que la epigrafia i las otras ciencias auxiliares dan

---

(d j) WALLACE, *Les miracles et le moderne spiritualisme.*

CROOKES, *Recherches sur les phénomènes du spiritualisme.*

mucha luz para estudiar tiempos oscuros del pasado i en que la historia es mucho mas compleja porque abraza materias que la crónica omite o solo menciona de paso. Pero a la vez se entendia que las informaciones suministradas por las nuevas fuentes no habian de desautorizar en ningun caso las del testimonio de los contemporáneos i que las narraciones de los cronistas eran mas susceptibles de completarse que de rectificarse. ¿Cómo admitir *a priori* que una obra escrita a raiz de los sucesos pudiera ser desmentida i rectificada por investigadores que aparecian veinte siglos mas tarde?

En particular se intentaba defender por motivos religiosos, con prescindencia del interes científico, la absoluta veracidad de las obras histórico-hagiográficas.

Morales, por ejemplo, era de sentir que las narraciones i biografías suscritas por varones que la Iglesia ha canonizado merecen la fé mas absoluta. «Porque de cualquier santo de quien otro santo sabemos que escribió su historia, luego nos damos por satisfechos i con reverencia tenemos por mui verdadero i de grande autoridad todo lo que allí se cuenta» (*d l*).

---

(d l) «Escribió San Ambrosio la vida de San Antonio (continúa Morales), San Gregorio Nacianceno, la de San Basilio, el glorioso doctor San Jerónimo, las de San Paulo, de Santa Paula i de San Hilarion... ¿qué mas podemos desear para creer que tienen mucha verdad? ¿qué mas podemos pedir ni debemos esperar para entera certidumbre? ¿Quién lee lo que San Ambrosio escribe de los santos mártires Jervasio i Protasio, i lo referido i confirmado por San Agustin, que ose poner en duda la verdad de lo que allí se cuenta? ¿Quién desea mayor certidumbre en la vida de San Benito cuando la ve escrita por San Gregorio?» MORALES, *Corónica General de España*, t. IV, páj. 291.

Mui otra es la doctrina del bolandista Smedt, en cuyo sentir el tes-

Aquella ciega confianza que daba a la crónica el semblante de historia definitiva no carecía por completo de fundamento. Formada la crónica con datos suministrados por el testimonio de los contemporáneos, cuando a las simples tradiciones se atribuía una veracidad casi absoluta, era natural que los pueblos se imaginaran tener en ella una completa i fidedigna historia del pasado. Para que redujeran a lo justo el valor histórico de la crónica, se precisaba que ántes empezaran a desconfiar de la veracidad del testimonio humano.

Ahora bien, de las precedentes observaciones se infiere irredargüiblemente que el testimonio presencial no puede ser aceptado por el historiador sino con muchas enmiendas, reservas i restricciones.

Ora por ignorancia, ora por interes, ora por credulidad, ora por espíritu de proselitismo político o religioso los contemporáneos omiten hechos esenciales, relatan hechos imaginarios, tergiversan hechos históricos i alteran la fisonomía general de los hombres, de las cosas i de los acontecimientos.

Especialmente cuando está bajo el influjo de la pasión religiosa, el hombre ve lo que no existe, oye voces que nadie mas percibe, asevera evidentes falsedades bajo juramento, i cuando su fanatismo se exagera por causa de la contienda, vive en un estado de permanente alucinación que le inhabilita para servir de testigo (*d m*).

timonio de los padres de la Iglesia tiene gran valor cuando se trata de dogmas o de hechos dogmáticos, pero en lo que toca a hechos puramente históricos, no hai por qué atribuirles mas perspicacia o mejor criterio que a sus contemporáneos. SMEDT, *Principes de critique historique*, chap. X, pag. 179.

(*d m*) "Tout à fait en dehors de la fraude prémédité et consciente

De las tachas que dejo enunciadas no está absolutamente escento ningun cronista. En mayor o menor grado, todos aquellos escritores de la antigua i de la média Edad que relataron los sucesos contemporáneos pueden ser justamente sindicados de crédulos, de ignorantes, de parciales, de sectarios, de apasionados, etc.

Especialmente resalta su parcialidad cuando refieren sucesos políticos, su ignorancia cuando apuntan las causas de los fenómenos físicos, su apasionamiento cuando narran las luchas religiosas, i cuando escriben hagiografías, su credulidad. Consecuencia: toda relacion escrita por contemporáneos debe ser recibida con desconfianza miétras no sea ratificada por una crítica rigurosa.

Cuando por motivos religiosos se pretende dar entero crédito a las obras históricas escritas por varones canonicados, lo que realmente se pretende es imponer silencio a la ciencia para hacer aceptar como sucesos positivos las mas absurdas fábulas i patrañas. Cabalmente son aquellas obras que se querria sustraer a los peligros de la crítica las que debemos recibir con mas reservas, por que estando cuajadas de hechos inverosímiles, de hechos que no caben en el curso normal de las cosas, no se las

---

(qui est souvent plus rare qu'on ne le croit) les gens dont la faculté mythopoiétique est éveillée sont capables de dire ce qui n'est pas, et d'agir comme ils ne devraient pas le faire, à un point que peuvent à peine concevoir les personnes moins facilement affectées par la contagion d'une foi aveugle. Il n'est pas de mensonge si grossier auquel ne se prêtent des hommes honnêtes, et bien plus, d'honnêtes femmes pour faire avancer une bonne cause sans avoir clairement conscience de la portée morale de qu'ils font». HUXLEY. *Science et Religion*, VI, pag. 194.

puede prestar asenso sino en cuanto sean ratificadas por la ciencia (*d n*).

Para dudar de la palabra de los santos no se necesita negar su sinceridad; basta establecer su carencia de criterio positivo, su ignorancia i su credulidad. En todos aquellos casos en que un autor fidedigno relata milagros, podemos rendir homenaje a su probidad prestando crédito a los hechos, sin perjuicio de reconocer su carencia de criterio científico negando a los hechos el carácter sobrenatural (*d ñ*).

La deficiencia del testimonio de los contemporáneos se ha venido a demostrar de una manera palpable en nuestros días a consecuencia de la apertura de los archivos secretos. Para escribir la historia de los tiempos modernos, los analistas habían aprovechado hasta hoy las in-

(*d n*) «Para dar fe en materia de milagros (advierte Feijoo) es menester que esté mas altamente calificada la veracidad de los sujetos, de lo que se requiere para ser creidos en otras materias comunes... porque los hombres se lisonjean estremadamente de referir cosas prodijiosas.» FEIJOO. *Milagros supuestos*, páj. 121 de sus *Obras Escogidas*.

La croyance générale au merveilleux a rempli de faits miraculeux les documents de presque tous les peuples. Historiquement le diable est beaucoup plus solidement prouvé que Pisistrate: nous n'avons pas un seul mot d'un contemporain qui dise avoir vu Pisistrate; des milliers de «témoins oculaires» déclarent avoir vu le diable: il y a peu de faits historiques établis sur un pareil nombre de témoignages indépendants». LANGLOIS ET SEIGNOBOS, *Introduction aux Études historiques*, liv. II, chap. VIII, pag. 177.

(*d ñ*) «Quand un homme (dit Huxley) atteste un miracle, non seulement il énonce un fait, mais il y ajoute l'interprétation de ce fait. Nous pouvons admettre son témoignage du premier, et pourtant considérer comme sans valeur son opinion sur la dernière.» HUXLEY, *Science et Religion*. VI, pag 198.—LENGLET DU FRESNOY, *Méthode pour étudier l'Histoire*, t. II, chap. LIX, pag. 434.

numerables memorias, colecciones de cartas i documentos que se habian publicado; i confiados en la veracidad i en la exactitud de esta documentacion orijinal, se engrían de la fidelidad de sus narraciones.

Entre tanto, hoi sabemos que la época moderna ha sido mui imperfectamente estudiada, porque los contemporáneos cuyas escrituras nos han servido de fuentes no conocieron ni las causas ni los orígenes de algunos acontecimientos. Especialmente aquellos sucesos, (guerras, tratados, matrimonios dinásticos, cesiones territoriales, auxilios militares) que se efectuaron como consecuencias de negociaciones diplomáticas, se mantenían en tanta reserva hasta el dia de su pública realizacion que merced a la apertura de los archivos, los historiadores de nuestros días conocen la historia de la Edad Moderna en parte mejor que los mismos contemporáneos de los acontecimientos (*do*).

II ¿Debemos concluir de lo dicho que la crónica es absolutamente indigna de crédito? De ninguna manera: lo único que podemos concluir es que las narraciones de los contemporáneos no merecen la fe ciega con que siempre fueron recibidas.

Formada con datos suministrados por el testimonio presencial, no hai razon alguna para atribuir a la crónica ni

---

(d o) MOELLER, *Traité des Études historiques*, pag. 404.

«Il y a toujours dans les événements humains (dit Fustel de Coulanges) une partie qui n'est qu'extérieure et apparente; c'est d'ordinaire cette partie qui frappe le plus les yeux des contemporains. Aussi est-il fort rare qu'un grand fait ait été compris par ceux-là mêmes qui ont travaillé à le produire. Presque toujours chaque génération s'est trompée sur ses oeuvres. Elle a agi sans savoir nettement ce qu'elle faisait.»  
FUSTEL DE COULANGES, *Questions Historiques*, Préface, pag. XVI.

mayor ni menor veracidad que a la palabra del hombre. Porque nuestro interlocutor puede engañarse o engañarnos, nosotros no reconocemos a sus aseveraciones mas que aquel grado de probabilidad que basta a mantener el comercio de la vida i las sometemos a una escrupulosa comprobacion ratificatoria siempre que nos proponemos sacar de ellas inferencias científicas. Pero los errores en que una u otra vez se nos haya inducido no nos llevan jamas al extremo de negar nuestro crédito a cuanto se nos comunica. A lo mas, lo negamos a personas determinadas cuya habitual mendacidad o cuya injénita credulidad nos autoriza a desconfiar de su palabra.

No con diferente disposicion de ánimo debemos recibir esa palabra escrita que se llama crónica. Los errores, las equivocaciones, las inexactitudes, las mentiras, las falsedades en que los cronistas suelen incurrir son motivos que nos autorizan para someter sus narraciones a rigurosa comprobacion, principalmente porque ellas estan de suyo destinadas a servir de base para la inferencia de las leyes sociales. Pero no son motivos que nos autoricen para ofender con igual desconfianza a todos los cronistas ni para rechazar indistintamente todas las partes de cada narracion. Lo razonable es prestar a las obras históricas escritas por contemporáneos igual crédito que a nuestros interlocutores, dar asenso a sus relatos cuando no tengamos motivos particulares para negárselo i distinguir entre crónica i crónica por un lado i entre las várias partes de cada crónica por otro.

Guiados por este criterio, debemos distinguir en toda crónica jeneral (*d p*) la parte consagrada a narrar suce-

(d p) ALTAMIRA, *La Enseñanza de la Historia*, cap. V, páj. 236.

sos contemporáneos de la consagrada a narrar sucesos de siglos anteriores, parte que el analista compone de ordinario transcribiendo, resumiendo o amplificando las narraciones de autores mas antiguos (d q). Como quiera que el cronista no puede poner bajo la visual de su observacion personal mas de un cortísimo número de años, por necesidad tiene que fiarse, para abarcar la historia entera del pueblo cuando no se utilizan otras fuentes de informacion que el testimonio humano, en los relatos que sus predecesores le han legado.

A primera vista, parece ser injustificada esta distincion entre las várias partes de una obra unipersonal; pero aun cuando ámbas hayan sido escritas por una misma mano, el autor no atestigua en realidad mas que los sucesos de su tiempo, i respecto de los mas antiguos, tiene que ceñirse a reproducir testimonios ajenos, cuya veracidad debemos averiguar separadamente de la suya.

Las pasiones humanas son tan várias i complejas que rara vez se encuentran dos personas a quienes en absoluto se deba dispensar igual confianza. De entre los cronistas que sucesivamente han narrado la historia del pasado, unos se han inspirado en el interes i otros en el patriotismo, cuáles en el amor i cuáles en el odio, estos en la relijion i esos en el miedo, pocos, mui pocos en la pura verdad. Consiguientemente, la palabra de algunos merece fe en casi todo, la de otros no la merece en casi

---

(d q) «Si no pareciese demasiada confianza, dice Ocampo, osaría yo prometer que no se dará cosa tocante a España en cuantos libros hoi sabemos, de cualquier calidad que sean, latinos, griegos ni españoles, que tengan autoridad ni aun arábigos tampoco, que en esta Corónica no se halle si toda se leyere.» OCAMPO, *Corónica General de España*, t. I Prólogo, páj. X.

nada, i a los mas se debe crédito en unos asuntos i nó en otros.

En ocasiones, resalta en forma que hiere la vista la diferente veracidad de las dos partes de una crónica jeneral. Sócrate compuso los cinco primeros libros de su *Historia de la Iglesia* siguiendo a San Atanasio i otros autores, i los cuajó de sucesos prodijiosos. Por el contrario, al empezar el sexto, advierte que en adelante no relatará sino lo que ha visto i lo que ha sabido de boca de testigos presenciales, i desde este punto disminuye sensiblemente el número i el carácter maravilloso de los prodijios.

Cuando Tácito sigue desde Neron adelante al crédulo Plinio, llena sus *Historias* de prodijios porque el autor que le sirve de fuente los relata en gran número; cuando se inspira en las obras de otros analistas i cuando relata los sucesos de su tiempo, lo maravilloso se reduce sobre manera (*d r*).

Mui diferente valor histórico tienen así mismo las dos partes que componen la *Guerra de los Judíos contra los Romanos*: la una, aquella en que se narran los sucesos contemporáneos del autor, merece el crédito que se debe a la palabra de Flavio Josefo, hombre probo, pero tambien patriota ardiente i político abanderizado que fué actor i testigo; la segunda, que aparece garantida por la misma firma, no es mas que un resúmen ordenado de

---

(d r) FABIA, *Les Sources de Tacite*, Première Partie, Chap III, pag. 186.

Véase tambien las juiciosas observaciones que hace Monod sobre las partes trascritas i las partes atestiguadas por Gregorio de Tours en su *Histoire ecclésiastique des Francs*, Monod, *Les Sources de l'histoire mérovingienne*, chap V, pag. 144 à 146.

las leyendas bíblicas (d s). El nombre de aquel sacerdote no aumenta el grado de su veracidad.

En todos los casos que dejo enunciados, se ve con claridad que a la narracion de primera mano se debe prestar tanto crédito cuanto el autor de ella merezca, i que a las trascripciones, resúmenes i amplificaciones no se debe reconocer mas veracidad que la que atribuyamos a las obras orijinales.

La distincion que vengo haciendo es tanto mas indispensable cuanto ménos seguros estemos de que las obras orijinales no han sido alteradas en las trascripciones i resúmenes posteriores. Como quiera que en los siglos pasados se prestó a las leyendas el mismo crédito que a las crónicas, no es de estrañar que los copistas alterasen las crónicas por la misma razon que alteraban las leyendas (§ 24). Uno puede esplicarse (observa Monod) la manera como se forman esas obras mitad históricas i mitad legendarias comparando la *Historia Francorum* de Gregorio de Tours, escrita en el siglo VI, la *Historia Epitomata*, escrita en el siglo VII i la *Gesta regum Francorum*, escrita en el siglo VIII. Compuestas las dos últimas en vista de la primera, se ve en ellas cómo de un siglo a otro la tradicion se desarrolla, en virtud de una especie de vejetacion espontánea, agregando elementos nuevos i trasformando los antiguos (d t). Lo

---

(d s) FLAVIO JOSEFO, *Réponse à Appion*. Chap III, pag. 830 de ses *Oeuvres Complètes*.

(d t) MONOD, *Sources de l'histoire mérovingienne*, chap. IV, pag. 98.

El mismo Monod observa que uno de los editores de Gregorio de Tours suponía ser obra de un interpolador todas aquellas partes que contrariaban su criterio. "Así, rechazaba el relato escandaloso de los vicios de Salonius i Sajitario porque no se conciliaba con la indispen-

mismo observaron antiguos historiadores españoles respecto de las crónicas del Cid Campeador (*d u*).

Análogamente, al traducir Philon del fenicio al griego la historia escrita por Sanchoniátôn, la parafraseó i la infló de reflexiones e interpolaciones, i al citar Eusebio la traducción hecha por Philon, renovó los parafraseos en términos de no poderse discernir los conceptos orijinales del cronista de Fenicia (*d v*). Por último, al hablar de la obra de Marco Polo, Malte-Brun observa que de vez en cuando se notan en ella esplicaciones aisladas, períodos i párrafos enteros que han sido interpolados en algunos ejemplares i que faltan en otros (*d y*). En una palabra, acaso no hai una sola obra maestra de la antigüedad i de los tiempos medios que esté completamente limpia de interpolaciones.

Por otra parte, la suma de las obras históricas perdidas ántes de la invencion de la imprenta es tan enorme que mui a menudo no podemos ni comprobar la fidelidad de las trascripciones ni examinar si los autores mas modernos han tomado textos interpolados por textos orijinales, ni fijar, de consiguiente, el grado de veracidad

---

sable santidad del clero, i negaba la realidad de las querellas entre Gregorio i Félix de Nantes porque las juzgaba contrarias a la dignidad episcopal." Monod, *Sources de l'histoire mérovingienne*, Chap. III, pag. 59.

JUNGHANS, *Histoire critique des règnes de Childerich et de Chlodovech*, liv. I, pag. 5.

(*d u*) RISCO, *Historia del célebre castellano Rodrigo Diaz*, pájs. 75 i 80.

(*d v*) COGUET, *Origines des Lois, des Arts et des Sciences*, t. VI, § I, pag. 24 et 25.

(*d y*) MALTE-BRUN, *Précis de Géographie Universelle*, t. I, liv. XIX, pag. 445.

que debamos reconocer a la nueva crónica formada con materiales antiguos.

Monod asevera que Gregorio de Tours es mui fiel cuando transcribe, cuando resume o cuando cita obras que tiene a mano, pero que a menudo cuando se fia en su memoria, altera los nombres, las fechas i hasta los conceptos de las obras a que se refiere (*dx*). Si tales inexactitudes se han descubierto en las citaciones hechas por un historiador tan veraz i tan probo ¿cómo prestar a las citaciones de segunda mano aquel crédito que dispensamos a las obras orijinales?

Por mas lójica, elemental e inatacable que esta distincion sea, desgraciadamente no siempre la tuvieron presente los historiadores al utilizar las antiguas crónicas como fuentes de informaciones. Cuando un escritor de otros tiempos les ha inspirado confianza, le han citado sin discernimiento así en aquella parte en que él relata sucesos contemporáneos como en aquella en que se ciñe a repetir lo narrado por autores mas antiguos.

San Isidoro es digno de la mayor confianza cuando relata los acaecimientos de los setenta u ochenta años de su vida, acaecimientos que conoció ora por sí mismo, ora mediante las informaciones de testigos presenciales. Pero su exactitud en esta parte de su *Corónica de los godos* no da autoridad al resto de la obra, parte compuesta bajo la fe de autores mas antiguos o de testimonios puramente tradicionales. Sin embargo, al referir lo que seis siglos ántes ocurrió al apóstol Santiago con unos

---

(dx) MONOD, *Sources de l'histoire mérovingienne*, chap. IV, pag. 75.  
JUNGHANS, *Histoire critique des règnes de Childerich et de Chlodovech*, pag. IV.

magos, Morales garantiza su exactitud citando el mui posterior testimonio de San Isidoro (*d z*). De análoga manera, esto es, citando autores que vivieron desde el siglo V adelante es como Castillo probó la venida del mismo apóstol a la península hispánica (*e a*).

En nuestros días, se ha reaccionado francamente contra la práctica de citar como testigos de los sucesos de un siglo autores que vivieron en siglos posteriores. Desde que se empezó a preparar en el siglo XVIII la última renovación de la historia, no ha habido un solo historiador que no se haya empeñado en procurarse fuentes realmente orijinarias de información. Pero es el caso que no siempre se puede seguir este camino porque habiéndose perdido las fuentes orijinarias, hai que recurrir por necesidad a las derivadas (*e b*).

Por ejemplo: para rehacer la historia antigua de Roma segun la moda de nuestros días, seria de cierto sobre manera conveniente conocer los anales de Fabio, de Pison, de Tuberon, de Macer Licinio, etc., etc.; pero habiéndose ellos perdido acaso para siempre, no podemos conocer los sucesos que estos cronistas relataron sino recurriendo a las obras mui posteriores de Tito Livio i Dionisio de Halicarnaso (*e c*).

(d z) MORALES, *Corónica General de España*, t. IV, lib. IX, cap. VII, páj. 351 i t. V., páj. 297.

CAÑAL, *San Isidoro*, cap. IV.

(e a) «El primer autor de todos que tiene la venida i predicacion de Santiago en España es Sophronio, que floreció en el año de 426.» CASTILLO, *Defensa de la venida y predicacion de Santiago en España*, cap. XII i XIII.

(e b) MOELLER, *Traité des Études historiques*, pag. 15.

(e c) DAUNOU, *Cours d'Études historiques*, t. I, liv. I, chap. XII, pag. 343.

De las obras históricas de Plutarco, no hai una sola de primera mano. Así como nuestros profesores hacen textos didácticos aprovechando i resumiendo el trabajo de los historiadores para facilitar la enseñanza de la historia, así compuso el inmortal biógrafo sus insuperables *Vidas de Hombres ilustres*. En tanto cuanto ignoraba el valor histórico del testimonio real, no pudo escribirlas sino utilizando las tradiciones subsistentes i cobrando tributo a los autores mas antiguos. Pues bien, de los centenares de autores que Plutarco cita, son pocos, pero mui pocos aquellos cuyas obras han llegado hasta nosotros, i se cuentan muchos, pero muchísimos, como Démon, Clidemus, Hereas de Megara, Menécrates, Diodoro el Periegeta, Aristócrates de Esparta, etc., etc., de los cuales no conocemos mas que sus nombres. De aquí viene que aquella obra, cuya autoridad no es en jeneral mayor que la de los textos de Duruy adoptados há mas de treinta años para la enseñanza de nuestros Liceos, se cita sin rubor alguno como fuente de informaciones por los mas sabios historiadores.

En situacion parecida se encuentra Tácito: una parte considerable de sus *Historias* es trabajo de segunda mano; pero habiéndose perdido las obras estrañas, en particular las de Plinio, de Bassus i de Rufus que le sirvieron de fuentes, él está condenado a testificar eternamente, ante los historiadores, la verdad de sucesos que no presenció (*e d*).

De los sucesos que se realizaron en las Galias desde las invasiones hasta fines del siglo VI, no ha llegado

---

(e d) FABIA, *Les Sources de Tacite*, partie première, chap. III, § 5 et chap. IV, § 1, 2 et deuxième partie, chap. II, § 1.

a nosotros mas de una narracion histórica, cual es, la *Historia Eclesiástica de los Francos*, por Gregorio de Tours; i si esceptuamos algunos datos sueltos que se pueden sonsacar de ciertos documentos públicos i de las hagiografías, aquella obra es la única fuente que poseemos para estudiar el interesante período de los orígenes i desarrollo inicial de la monarquía franca. Por qué? porque han desaparecido las crónicas de Sulpicius Alexander i de Renatus Profuturus Frigeridus, que Gregorio de Tours consultó en la confeccion de la suya (e e).

La *Historia Universal* de Justino no es mas que un simple compendio, no mui perfecto, de la de Trogo Pompeyo; pero habiéndose perdido la obra del autor orijinal, tenemos que fiarnos en la del epitomista a falta de mejor fuente de informaciones. Además, segun lo observa uno de los editores de Justino, los libros XVIII i XXIII de este autor encierran casi todas las noticias que han llegado a nosotros de la historia de Cartago en los tiempos anteriores a las guerras púnicas; i tenemos que aceptarlas bajo la fe de su palabra porque los autores mejor reputados de la antigüedad que las daban por estenso no han llegado a nuestros días.

En suma, la consulta de las narraciones de segunda mano se impone por la necesidad siempre que las fuentes orijinarias han desaparecido. Condenar esta práctica valdria tanto como renunciar a tener la historia mas o ménos exacta de largos intervalos. Lo único condenable

(e e) GRÉGOIRE DE TOURS, *Histoire ecclésiastique des Francs*, t. I, liv. II, chap. VIII, et IX.

MONOD, *Sources de l'histoire mérovingienne*, Introd. pág. 22.

JUNGHANS, *Histoire critique des règnes de Childerich et de Chlodovech*, pag. IV.

en el ejercicio de esta práctica es el que por no hacer la debida distincion, se preste igual crédito a los relatos de primera i de segunda mano sin atender a las diferentes garantías que responden de la fidelidad de unos i otros. Por mucha que sea la veracidad de Tito Livio, de Tácito i de Gregorio de Tours, sus nombres respetables solo dan autoridad a sus propios relatos i no alcanzan a darla a las obras estrañas que ellos trascriben, resumen o amplifican, sin haber hecho que sepamos investigaciones comprobatorias (*e f*).

Si estamos condenados a valernos de las simples transcripciones en todos aquellos casos en que han desaparecido las obras orijinales, no hai razon alguna para que atribuyamos a las crónicas de segunda mano la autoridad que corresponde a los varios testimonios de un mismo suceso. La multiplicidad de las citaciones refuerza la veracidad del relato cuando cada una de las obras citadas corresponde directa o indirectamente a un testigo presencial del suceso. En tales casos, citar muchas obras es garantizar la verdad del hecho con muchos testimonios contemporáneos. Pero cuando se citan obras escritas siglos despues de los acontecimientos, la multiplicacion de las citaciones no aumenta la veracidad del relato si la concordancia proviene de haberse inspirado sus autores en una misma fuente de informaciones (*e g*).

Por ejemplo, para atestiguar cierto suceso prodijioso,

---

(e f) ALTAMIRA, *La Enseñanza de la Historia*, cap. V., páj. 238.

(e g) «En las mas relaciones históricas (observa Feijoo) cien autores no son mas que uno solo, esto es, los noventa i nueve no son mas que ecos que repiten la voz de uno que fué el primero que estampó la noticia. Pero especialmente las cosas prodijiosas, en siendo publicadas

Morales cita a Tertuliano, a Eusebio de Cesárea, a Paulo Orosio, a Paulo Diácono, a Julio Capitolino i a Dion Casio, i los lectores poco instruidos se paralojizan fácilmente imaginándose que la efectividad del milagro está probada con las aseveraciones de seis testigos. Pero si los cinco últimos no hicieron mas que repetir lo referido por el primero, es claro que de las seis citaciones solo vale la de Tertuliano (*e h*).

por cualquier escritor hallan a millares plumas que propagan su fama." FEIJOO, *Tradiciones Populares*, páj. 272 de sus *Obras Escogidas*.

"Si un fait est accepté comme vrai par l'universalité des hommes d'une époque (dit Maury), sans doute il y a, par cette raison même, d'impérieux motifs d'en admettre la véracité; mais pour que ce *consensus*, soit un sujet suffisant de certitude, il faut examiner préalablement les circonstances dans les quelles il s'est formé et constater si ce *consensus* est le résultat d'un grand nombre de témoignages réels et *de visu* en faveur du fait admis, ou s'il n'est né que de la reproduction d'un fort petit nombre de témoignages antérieurs, dont il ne fait alors que répéter les termes, sans rien ajouter de plus à la certitude de ce même fait énoncé... Si le témoignage porte sur un fait accepté par l'intermédiaire d'un témoignage étranger, le premier n'ajoutera rien à la puissance convaincante du dernier, puisqu'il repose tout entier sur lui; il ne certifiera tout au plus que la confiance du second témoin dans le témoin antérieur". MAURY, *Légendes pieuses du Moyen Âge*, chap. V, § I, pag. 305.

(e h) Se debe tener presente esta observacion aun al tratarse de testimonios contemporáneos. "Le premier mouvement (disent Langlois et Seignobos) est de compter tout document pour une source de renseignement. On sait bien dans la vie réelle que les hommes sont sujets à se copier les uns les autres, qu'un seul récit sert souvent à plusieurs narrateurs, qu'il arrive à plusieurs journaux de publier la même correspondance, à plusieurs reporters de s'entendre pour laisser faire un compte rendu á un seul d'entre eux. On a alors plusieurs documents, on a même plusieurs affirmations, mais a-t-on autant d'observations? Évidemment non. Une affirmation qui en reproduit une autre ne constitue pas une observation nouvelle, et quand même une observation serait reproduite par cent auteurs différents, ces cent copies ne

En los historiadores de nuestros días, las paralojizaciones de esta naturaleza son frecuentes, ocasionadas por la práctica de tomar como fuentes orijinarias obras que en realidad son fuentes derivadas. Solo por vía de comprobacion i confrontacion, cuando se trata de reconstituir fuentes perdidas, se puede autorizar la multiplicacion de citaciones de obras de segunda mano.

III. Fijada la medida en que el historiador puede utilizar las narraciones de segunda mano, pasaremos ahora a determinar el valor histórico de las narraciones orijinales.

Así como en las crónicas jenerales hemos distinguido los relatos de primera i los de segunda mano, así en las de sucesos contemporáneos del autor debemos distinguir la parte compuesta con datos suministrados por el testimonio de vista o directo i la compuesta con datos suministrados por el testimonio auricular o indirecto (*e i*).

Segun lo hemos hecho notar mas arriba, los acontecimientos históricos no son jamas obras de la accion individual. A su realizacion, concurren activa o pasivamente innumerables personas diseminadas por los mas lejanos lugares. Por mas diligente que el analista sea en el empeño de presenciar por sí mismo los sucesos que se

---

représenteraient encore qu' une seule observation. Les compter pour cent équivaldrait à compter pour cent documents cent exemplaires imprimés d' un même livre». LANGLOIS ET SEIGNOBOS, *Introduction aux Études historiques*, liv. II, chap. III, pág. 73 et chap. VIII, pag. 170.

SMEDT, *Principes de critique historique*, chap. VIII, pag. 133.

MORALES, *Corónica General de España*, t. IV, lib. IX, cap. XXXIX, pág. 582.

(e i) ALTAMIRA, *La Enseñanza de la Historia*, cap. V, pág. 236.

propone relatar, necesariamente tiene que componer la mayor parte de su narracion con datos de oidas, porque a traves de su ventana, apénas puede abarcar con su propia mirada una mui pequeña seccion del mundo. Aun en aquellas memorias en que los autores se proponen escribir esclusivamente sus propias biografías, hai que recurrir de continuo al testimonio ajeno para no dejar trunco, inconcluso i acaso ininteligible el relato de cada acontecimiento. Solo en las auto-biografías de índole puramente psicológica, sin verdadero carácter histórico, se puede prescindir del testimonio indirecto.

Ahora bien, la observacion de un hecho que día a día se repite en el curso de la vida puede demostrarnos cuán poco veraz es el testimonio auricular. Ocurre de continuo, en efecto, que cuando nos ha tocado presenciar algun suceso que ha ajitado las pasiones, una hora mas tarde tenemos que rectificar los relatos que hacen ante terceros personas que no lo han conocido mas que de oidas.

Lo mismo pasa en la historia: Flavio Josefo declara que si se resolvió a relatar *La guerra de los Judíos contra los Romanos*, fué porque personas estrañas que no la habian presenciado la habian narrado sin mas fuente que la de vanas i falsas informaciones; i desde Voltaire se viene observando que cuanto Heródoto refirió como testigo de vista ha sido plenamente confirmado por los mas rigurosos medios investigatorios i que aquella parte de su historia que relató de oidas está llena de errores, inexactitudes i fábulas (e j).

---

(e j) FLAVIO JOSEFO, *Histoire de la guerre des Juifs contre les Romains*, pag. 541 de sus *Oeuvres Complètes*.

VOLTAIRE, *Pyrrhonisme de l' Histoire*, chap. VI, pag. 74 del t. V de sus *Oeuvres Complètes*.

La diferencia que hai entre el testimonio de oídas i el testimonio personal para graduar la veracidad de una narracion se puede apreciar comparando el valor histórico de dos relatos semejantes.

Segun refieren los evanjestas Lúcas i Mateo, un dia Jesus llevó consigo a Pedro, a Santiago i a Juan, subió con ellos a un monte alto, i allí se transfiguró; su rostro resplandeció como el sol, sus vestiduras se pararon blancas como la nieve, i se aparecieron a platicar con él Moises i Elias (*e l*).

De suceso tan portentoso, de suceso tan apropiado para impresionar la imaginacion de los circunstantes, no hai mas constancia que la que aquellos testigos auriculares nos han dejado. Jesus nada escribió, i aun cuando han llegado a nosotros una epístola atribuida a Santiago, dos atribuidas a Pedro, tres i un evangelio atribuidos a Juan es el hecho que la transfiguracion no nos es conocida por ninguno de los apóstoles que se supone haberla presenciado. Cómo habrian relatado ellos el suceso no lo sabemos, pero podemos coleccionarlo por lo que ocurrió siete siglos mas tarde en la India.

Hiouen-Thsang fué un santo chino, adepto de la religion de Buddha, que en la primera mitad del siglo VII, hizo un largo i penoso viaje de la China a la India, movido por el deseo de venir a estudiar el budismo en su fuente orijinaria. En cierto paraje de este último pais, habia una gruta sagrada en cuyo tenebroso recinto Buddha solia aparecerse a sus adoradores predilectos. Pues bien, segun refieren dos discípulos del apóstol chino,

---

(e l) *Evangeliu segun San Matheo*, cap. XVII.  
*Evangeliu segun San Lúcas*, cap. IX.

éste consiguió despues de muchos ruegos, invocaciones i jenuflexiones, la envidiable gracia de ver la aparicion; la caverna se inundó repentinamente de luz, i la sombra de Buddha, de radiosa blancura, se diseñó en la pared oriental, su faz iluminada por un resplandor que ofuscaba.

Si para averiguar la verdad de lo que allí ocurrió no se tuviera mas que el relato de los dos discípulos de Hiouen-Thsang, el historiador no podria determinar el valor histórico de la aparicion de Buddha así como no puede, por una causa análoga, determinar el de la transfiguracion de Jesus. Pero el apóstol chino dejó una relacion de su viaje, i en ella despues de describir la gruta, continúa de esta manera: «En otro tiempo (dice) se veía allí la sombra radiosa de Buddha... pero desde hace algunos siglos ya no se la ve bien i solo se percibe una semejanza débil i dudosa. Cuando algun hombre ruega con fe sincera... ve la sombra con claridad, pero solo por un breve raton». (*e m*). De estas palabras se infiere claramente que las apariciones de Buddha eran simples alucinaciones del sentimiento religioso provocadas por la vislumbre interior.

Estos hechos dan mucha luz para apreciar el valor histórico de la crónica. Infíérese de ellos que no debemos dispensar igual confianza a las várias partes de las narraciones contemporáneas; que en todo relato debemos distinguir escrupulosamente los datos suministrados por testigos presenciales i los datos suministrados por testi-

---

(e m) MAX MULER, *Essais sur l'histoire des Religions*, chap. X, pag. 374 à 376.

gos auriculares; i que las informaciones de oídas merecen mucho ménos crédito que aquellas que los analistas suministran como actores o testigos de los acontecimientos.

En particular se debe tener presentes estas conclusiones al estudiar la historia de aquellos tiempos anteriores a la invencion de la imprenta, durante los cuales la escasez de medios eficaces i fidedignos de publicacion dejaba correr de boca en boca las mas absurdas patrañas como si fueran sucesos reales. Compilar rumores, anécdotas i noticias plásticamente es escribir leyendas. Lo que da a la narracion el carácter de crónica no es tanto el hecho de que la escriban contemporáneos, cuanto el de que los acaecimientos sean comprobados ántes de referidos. Por consiguiente, no merece fe la palabra de los contemporáneos sino cuando consta que se funda en serias indagaciones investigatorias i comprobatorias. Sin este requisito, debemos desconfiar aun de la voz jeneral del pueblo.

En su *Viaje al Perú*, don Jorje Juan i don Antonio Ulloa refieren que los habitantes de Panamá se mostraban mui ufanos de dos peculiaridades mui singulares de aquel pais: la una era una serpiente que tenia dos cabezas, una en cada extremo de su sistema vertebral, i la otra era aun mas propia a despertar la ufanía de los panameños, porque si se cortaba la cabeza a un gallo, se podia mediante el pronto empleo de una yerba que crecía en los campos, unir las dos partes del cuerpo i devolver al ave la vida. Los sabios viajeros ponen en duda ámbas peculiaridades fundados en que no alcanzaron que les fuesen comprobadas miéntas permanecieron en el

Istmo (*e n*). Pero cronistas ménos doctos o mas injenuos habrian prestado crédito por cierto a la existencia de la serpiente de dos cabezas i de la yerba del gallo, fundados en las categóricas aseveraciones de un pueblo entero que estaba en situacion de verlo i comprobarlo dia a dia.

Al tocar este punto, no podemos ménos de recordar lo que al respecto pasó en Chile el año de 1891 bajo el imperio de la Dictadura. Suspendidas las libertades de reunion, de imprenta i de locomocion, los sostenedores del réjimen constitucional, aprisionados en las cárceles u ocultos en los desvanes, vivimos durante ocho meses sin medios de informacion directa i casi no tuvimos mas fuentes de noticias que el testimonio auricular. Pues bien, por este conducto llegaban ellas a nuestros oidos tan completamente alteradas que la mayor parte de las veces una cosa era lo que sabíamos i otra del todo diferente lo que habia ocurrido. Aun mui a menudo corrian como absolutamente fidedignas noticias de sucesos que despues del triunfo de la revolucion, resultaron haber sido absolutamente imaginarios. En vano tratábamos algunos de precavernos contra la credulidad negando nuestro crédito a aquellas noticias cuyo orijen no nos inspiraba plena confianza. Cuando mas sobre aviso estábamos, casi no acertábamos mas que a negar los acaecimientos de carácter mas positivo. Despues de aquella esperiencia personal i espontánea, yo he quedado convencido de que para estudiar ciertos períodos de la historia, el testimonio auricular de los contemporáneos, aun de los contemporáneos que gastaron mayor dilijencia para procurarse datos

---

(e n) JUAN V ULLOA, *Voyage au Pérou*, t. liv. III, chap. IV.

fidedignos, merece muy poco crédito cuando no aparece confirmado por otros medios informatorios.

Cuando el historiador se habitúa a distinguir las narraciones de primera i de segunda mano por una parte, i por otra los relatos de oídas i los de los testigos presentes, no se satisface con otras informaciones que aquellas que emanan directamente de las fuentes mas orijinales i adquiere finísimo criterio tanto para apreciar la veracidad de los antiguos cronistas cuanto para rectificar las mas antiguas i acreditadas obras históricas. Ejemplo brillante tenemos en la recomposicion de la figura histórica de Tiberio.

Entre los grandes personajes de la historia romana no hai ninguno cuya figura haya llegado a la posteridad con caracteres mas definidos que Tiberio. Él es el tipo del tirano cruel, disimulado, hipócrita i vicioso. Pero ¿cómo conocemos las odiosas cualidades que distinguian a este príncipe? Qué dicen de él aquellos cronistas romanos que relataron su vida? Estan todos acordes? Si discuerdan ¿entre cuáles está la discordancia?

Esto es lo singular i lo significativo: casi todos los escritores contemporáneos de Tiberio, a saber Veleyo Patérculo, Strabon, Valerio Máximo, Filon de Alejandría, Plinio el antiguo, etc., ensalzan su valor, su fortuna en la guerra, su liberalidad, sus dotes administrativas, su prudencia, su firmeza, su perspicacia; todos los escritores de la jeneracion siguiente, simples narradores de oídas, compiladores de chismes, hablillas i rumores. Flavio Josefo, Tácito, Plutarco, etc., le reconocen sus incomparables dotes de gobernante aun cuando ya le enrostran algunos vicios i por sospechas le imputan algunos críme-

nes; i solo los posteriores, desde Dion Casio adelante, le empiezan a pintar con sombríos colores, colores que de siglo en siglo se van recargando mas i mas hasta convertirle en un mónstruo de crueldad, de infamia, de hipocresía i depravacion.

Esta singular discordancia entre los escritores contemporáneos i los posteriores ha llamado la atencion de la crítica; i en nuestros dias se hacen nuevos estudios, con arreglo a los preceptos de la historiografía, a fin de rever i revocar el fallo que los diezinueve siglos de nuestra Era han mantenido contra el emperador Tiberio. En esta última instancia, Tácito comparece como reo, acusado de ser el principal causante de la injusticia histórica (e ñ).

VALENTIN LETELIER.

(Continuará)

(e ñ) «Riassumendo, così si svolge la tradizione storica di Tiberio: le testimonianze a lui contemporanee... sono elogio del principe che saviamente e fortemente regge l'impero. L'elogio è confermato dalle testimonianze posteriori, ma vi si colloca a lato l'affermazione della vigorosa politica con cui il principe gravò sopra la romana aristocrazia. Questa parte prevale di poi tanto che il lodato buon principe diventa odioso tiranno e si presenta in una doppia enigmatica sembianza, che si cerca dichiarare con l'indole sua simulatrice e cupa. La simulazione rimane la nota caratteristica per gli scrittori posteriori». GENTILE, *L'Imperatore Tiberio secondo la moderna critica storica* pag. 26 e 28.

VOLTAIRE, *Pyrrhonisme de l'histoire*, chap. XII, pag. 79 du, t. V des *Oeuvres Complètes*.

FABIA, *Les Sources de Tacite*, deuxième partie, chap. II, § II et chap. IV, § III.

Aun cuando la crítica inculpa principalmente a Tácito la injusta adulteracion de la personalidad moral de Tiberio, es el hecho que el grande historiador, junto con pintar feamente a este principe, le defendió en sus *Anales*, como lo observa Fabia, de graves imputaciones que los cronistas contemporáneos le habian hecho. Tácito, *Annales*, liv. I, chap. LXXVI et, liv. IV, chap. XI.

